

MONEDA Y LIBERTAD

Hans F. Sennholz

I

Causas de la desintegración económica

Investigar las causas de políticas monetarias específicas significa buscar las teorías monetarias que sirven de guía a quienes crean las políticas. Las ideas controlan al mundo y son las ideas monetarias las que dan origen a las políticas monetarias. Varias doctrinas económicas y monetarias específicas han combinado sus fuerzas para darle a nuestra era sus características inflacionarias. Algunas de estas doctrinas son tan populares como falaces. Las teorías que sostienen que los políticos deben emitir y manejar el dinero porque la gente es incapaz de manejar el propio, que la prosperidad y expansión económicas dependen de la emisión de más dinero, que la oferta de oro y plata es insuficiente, que las depresiones económicas son el resultado de la falta de dinero, que la inflación surge de la codicia individual y del deseo de ingresos y precios más elevados, que los políticos y funcionarios son valientes luchadores contra la inflación, y que el dólar estadounidense ha ganado la batalla frente al oro, constituyen sólo unas pocas de las nociones ampliamente aceptadas; pero totalmente erróneas, que rigen la política monetaria.

Incluso algunos partidarios de la propiedad privada y de la libertad individual desean que el gobierno maneje el dinero. Creen firmemente que el dinero no puede quedar a merced de las "fluctuaciones" del orden de mercado, sino que debe ser controlado por el gobierno. La moneda debe ser suministrada y regulada por el gobierno o su banco central. El dinero libre resulta casi inconcebible para nosotros en el siglo veinte. Dependemos del gobierno para acuñar monedas y emitir billetes, para definir el término "moneda de curso legal", establecer bancos centrales, dirigir las políticas monetarias y luego para manipular los niveles de precios. En síntesis, dependemos totalmente del control que ejerce el gobierno sobre el dinero. Desafortunadamente, nuestra confianza en un monopolio del dinero conduce a la destrucción monetaria y a la desintegración económica. Se produce una inflación, una devaluación y, finalmente, una destrucción de la moneda toda vez que los políticos y funcionarios ejercen un poder monopólico sobre ésta.

1. El monopolio del dinero. El Sistema de la Reserva Federal

Prácticamente todos están convencidos de que una economía moderna necesita de un banco central. Según sostiene la gente, un banco central debe "mantener la estabilidad del nivel de precios", "otorgarle a una economía en crecimiento una moneda flexible y un sistema crediticio", y "mantener el nivel de inversión dentro de un margen que garantice

el pleno empleo". Se dice que resulta necesario el monopolio del banco central porque brinda poderes reguladores discrecionales, sin los cuales una economía no puede dirigirse hacia el bien común.

El Sistema de la Reserva Federal, según su conformación actual, es el resultado de una ideología de esta naturaleza. Los siete directores que dirigen el Sistema son los voceros de los poderes y privilegios del banco central. Pueden discrepar con los miembros del Congreso y la administración respecto de la persona o personas que deben ejercer la autoridad y manejar el poder, pero nadie en el gobierno cuestiona la razón fundamental de su poder monopólico sobre el dinero y la banca. No resulta aconsejable formular preguntas sobre el monopolio del dinero.

Independencia de la Reserva Federal

El comandante en jefe de la Reserva Federal es el presidente de los Estados Unidos; nadie dentro del Sistema puede oponerse a sus deseos y sugerencias. Goza de los poderes necesarios para dirigir sus políticas, nombra a los siete directores y designa al presidente y al vicepresidente. Es evidente que esta facultad de nombramiento le otorga al presidente el poder de dirigir el curso de las políticas monetarias. Si él apoya las teorías del "dinero fácil", sólo puede esperarse que designe a aquellos que sean partidarios del "dinero fácil". También puede recurrir al Congreso para que éste apruebe una nueva legislación monetaria. En más de cien oportunidades, el Congreso, en realidad, enmendó la ley de la Reserva Federal, frecuentemente por recomendación del presidente. Además, el vocero presidencial en el Congreso puede "interpelar" a los directores en audiencias públicas, censurar sus políticas e incluso dudar sobre sus motivos hasta tanto no reconozcan los errores de sus procedimientos. Por ello la Reserva Federal nunca fue, ni podría haber sido, independiente del gobierno que la creó. En todos los temas cruciales el Sistema tuvo que acceder a los deseos del presidente.

Pero, indudablemente, el Directorio de la Reserva Federal sigue gozando de cierto dejo de independencia formal. Una vez que se ha nombrado a un director, éste queda en libertad para emitir su voto dentro de los límites de las leyes que rigen a la Reserva Federal, y de la consideración política, pero incluso esta "independencia" cae bajo el severo ataque de las fuerzas reformistas dentro del Congreso. Las propuestas reformistas recientes sostienen que el presidente debe hacer recomendaciones *públicas* que los directores deben seguir al implementar una política monetaria. Otras propuestas exigen pautas legislativas que limitarían las acciones del Sistema. Evidentemente, el Directorio, al igual que cualquier otra dependencia gubernamental, se opone vigorosamente a este traspaso de poder, de sí mismo a otras ramas del gobierno. Está sumamente ansioso de mantener e incluso expandir sus funciones.

Para muchos observadores de la Reserva Federal, el presidente del Directorio, quien preside el Sistema, representa al zar financiero del dinero y la banca de los Estados Unidos, es el César del mundo monetario. En cierto sentido esto podría ser auténtico.

Cualquier individuo que controle el monopolio del dinero y del crédito de los Estados Unidos, y que en esa calidad maneje el orden monetario mundial, indudablemente es el hombre más poderoso de la tierra, pero es incurrir en un error el pensar que el presidente del Directorio es esa persona. En realidad, sus poderes son simplemente derivados y están estrictamente limitados por su capacidad de persuasión, como ocurre en el caso de un asesor presidencial. En conclusión, todos los poderes ejecutivos están en las manos del presidente de los Estados Unidos y todos los poderes legislativos, en manos del Congreso. El Sistema de la Reserva Federal no constituye ninguna excepción a la regla.

Inestabilidad y desempleo

En sus comienzos, el Sistema de la Reserva Federal se creó simplemente para salvaguardar la estabilidad económica. Conforme al preámbulo de la ley de la Reserva Federal, su objetivo era "brindar una moneda flexible, proporcionar un medio para redescantar documentos comerciales y establecer una supervisión más eficaz de las prácticas bancarias en los Estados Unidos".

Han transcurrido más de setenta años desde que la ley fuera aprobada el 23 de diciembre de 1913. Mientras que muchas instituciones humanas han envejecido y desaparecido en este período, el Sistema de la Reserva Federal se ha convertido en un vigoroso y destructivo instrumento de poder. Fue creado como una institución destinada a adecuar las necesidades económicas, como un banco de reserva *pasivo* que brindaría una moneda flexible emitiendo billetes de banco apoyados por documentos comerciales, giros y letras de cambio que surgieran de operaciones comerciales reales.

Cuando las dos primeras décadas del Sistema se convirtieron en décadas de inestabilidad sin precedentes, cuando los auges y los colapsos se alternaban mientras el Sistema fielmente adecuaba los requisitos económicos, la Reserva Federal comenzó a ocupar el lugar de liderazgo y crear *activamente* el dinero que deseaba que las actividades económicas tuvieran. El orden de mercado es inherentemente inestable, declararon los directores, requiere una mano que lo guíe y asistencia a través de la planificación monetaria y otras medidas gubernamentales. El orden de mercado revela movimientos inflacionarios y deflacionarios, crea el estancamiento y el desempleo. El Sistema de la Reserva Federal, que se inició como una empresa cooperativa de los bancos del país que deseaban unir sus reservas, se convirtió entonces en una institución que encuentra seriamente defectuosa a la empresa individual y al orden de mercado.

La Reserva Federal ha establecido el *pleno empleo* como uno de sus principales objetivos. Según sus términos, el Sistema debe "ayudar a contrarrestar los movimientos inflacionarios y deflacionarios, y ser partícipe en la creación de condiciones favorables al mantenimiento de un alto nivel de empleo, de valores estables, crecimiento del país y de un nivel de consumo cada vez más alto".¹ Su mandato proviene de la ley de empleo de 1946, la que establece que todas las dependencias gubernamentales deben considerar el

¹ Directorio, *The Federal Reserve System, Purposes and Function*, Washington D.C., 1954, p. 1

pleno empleo como objetivo primordial del gobierno.

Siempre activo en la persecución de programas y políticas gubernamentales, el Sistema produce inflación o deflación, eleva o disminuye las tasas de interés, ejerciendo siempre poderes discrecionales. No existe código de reglas al que deba ajustarse, no hay regulador alguno que lo fuerce a actuar de una manera predeterminada. En todo momento, se espera que brinde ayuda al Tesoro de los Estados Unidos y que actúe como su agente fiscal y prestador de último recurso.

Al manejar tres "instrumentos de control" -descuentos, operaciones de mercado abierto y regulación de reservas bancarias- el Sistema preside y ejerce el control sobre el dinero y la banca de los Estados Unidos. Ostenta el poder sobre los auge y recesiones económicas, el poder para cambiar el contenido de cada pago diferido y para aumentar o disminuir el valor real de cada bono, salario o ganancia, y el poder para modificar el empleo o desempleo. En realidad, el Sistema de la Reserva Federal es la herramienta más importante en el arsenal del sistema de mando político.

Durante los setenta años de su existencia, esta herramienta se ha ido transformando desde una institución cuyo objetivo era servir a los bancos en épocas de crisis, en un sistema bancario central que sirve al gobierno federal en el cumplimiento de sus objetivos económicos y sociales. El crecimiento de los poderes de la Reserva Federal refleja el crecimiento del poder político en los Estados Unidos.

Para evitar auge y colapsos, el estancamiento y el desempleo, el Sistema de la Reserva Federal realmente tendría que evitar usar sus amplios poderes monetarios. Tendría que abstenerse de iniciar un auge para evitar un colapso. No podría utilizar su autoridad legal para comprometerse en compras en el mercado abierto, para bajar los encajes efectivos de los bancos miembros y para expandir sus descuentos y anticipos. Cada una de estas medidas crea reservas adicionales, sobre la base de las cuales los bancos miembros se embarcan en su propia expansión crediticia; la expansión crediticia implica incertidumbre e inestabilidad.

Los auge y las depresiones no surgen de la naturaleza del sistema de mercado; son impuestos por los gobiernos o bancos centrales que expanden o contraen la masa monetaria y el crédito. Los ciclos económicos aparecieron por primera vez con el surgimiento del sistema de depósitos y banca centrales. Plagaron a Inglaterra durante las últimas décadas del siglo XVIII, y luego se difundieron, siempre de la mano del desarrollo de las prácticas bancarias centrales, y las prácticas bancarias de depósitos financiados, a Europa occidental, América del Norte y al centro, sur y este de Europa. Al finalizar el siglo XIX, el comercio en el mundo conocía ampliamente la expansión crediticia de los bancos y los ciclos económicos.

Según la ideología principal de nuestros tiempos, el pleno empleo y los niveles de consumo más elevados necesitan de auge ocasionales de expansión crediticia, los que

supuestamente son "contracíclicos" en su naturaleza. Conforme a la ley de empleo de 1946, "es política continua y responsabilidad del gobierno federal utilizar todos los medios pertinentes compatibles con sus necesidades y obligaciones y otras consideraciones esenciales de política nacional [...] promover al máximo el empleo, la producción y el poder adquisitivo". Cuando las actividades económicas declinan o comienzan a mostrar señales de declinación, es responsabilidad de la Reserva Federal expandir el crédito y, de esta forma, evitar el colapso. No obstante, si la actividad económica continúa vacilante, puede llegar a recurrirse a la Reserva Federal para que autorice al gobierno a realizar gastos contracíclicos. Posiblemente tenga que crear el dinero para amplios planes de gastos gubernamentales en obras públicas, fondos de desempleo y otros proyectos.

En todos los casos, el objetivo del pleno empleo requiere de una expansión monetaria, la que, conforme a todos los principios de la economía, es la causa más profunda de la inestabilidad. Constituye un elemento destructor e inflacionario dentro del orden de la propiedad privada, alimenta activamente la ideología de transferencia y promueve el sistema de mando político.

Al servicio de la financiación gubernamental

El Sistema de la Reserva Federal cumplía sólo dos años cuando sufrió rápidos cambios de aspecto, carácter, condición y función. En 1917 se le requirió la financiación de los gastos del gobierno para la Primera Guerra Mundial, y ha prestado servicios fielmente desde ese momento. Se vio forzado a suministrar enormes cantidades de dinero de manera fluida e indolora, para evitar que el gobierno tuviera que establecer impuestos más elevados o que tuviera que pedir prestados los fondos deseados a tasas de interés más altas. Evidentemente, la expansión monetaria condujo a una nefasta devaluación del dólar estadounidense.

La nueva función de la Reserva Federal recibió el aplauso y la gratitud de los políticos y funcionarios. Desafortunadamente, no surgieron críticos que la describieran como una poderosa máquina de la inflación trabajando a pleno para el gobierno. Nadie señaló que el objetivo básico de la Reserva Federal había cobrado dimensiones significativas y que el Sistema estaba emprendiendo el camino hacia la destrucción monetaria.

Casi todos los programas del gobierno requieren de gastos masivos que constituyen un peso financiero enorme sobre el tesoro público. En principio, el gobierno puede simplemente buscar la "redistribución" del ingreso y las riquezas. Puede cobrarle impuestos a Pedro para pagarle a Pablo, pero este método de redistribución, tan conveniente y popular, pronto se agota al provocar estancamiento y desempleo. Evidentemente, el capital, al igual que el trabajo, deja de funcionar correctamente cuando el gobierno acapara la mayor parte del rendimiento.

La facilidad con la cual el Sistema de la Reserva Federal financia enormes déficit del

Tesoro ha creado ilusiones de grandeza. El pueblo de los Estados Unidos se ha acostumbrado a grandes déficit del Tesoro y a las manipulaciones que ejerce la Reserva Federal sobre el dinero y el crédito para cubrir dichos déficit. Por motivos de practicidad, el Sistema es la dependencia a través de la cual el gobierno federal ha asumido un control absoluto sobre el dinero y claramente domina a los mercados crediticios.

La mayoría de los economistas está alarmada por el nivel de gastos federales autorizados por el Sistema. Al relacionar los gastos con los ahorros, deducen consecuencias terribles debido a un exceso de gastos sobre ahorros. La deuda federal se triplicó durante la década de 1970 y llegó a U\$S 1 billón en 1981. En 1986 superará* la marca de U\$S 2 billones. Con déficit federales de más de U\$S 200 mil millones por año, la operación continua del gobierno depende de que se encuentre un número cada vez mayor de compradores en los Estados Unidos y en el exterior para esa creciente montaña de deuda.

Desafortunadamente, los ingresos y la riqueza económicos no fluyen desde una montaña de deuda, surgen de los ahorros y las inversiones. Al igual que aumenta la riqueza material de una persona, habitualmente denominada patrimonio, cuando los ingresos superan los gastos, y declina cuando los gastos superan los ingresos, el patrimonio nacional también varía según las entradas y salidas. Lo que resulta cierto para un individuo también lo es para 23 millones o 230.

Queda absolutamente claro que un exceso de gastos nacionales sobre ahorros conduce al empobrecimiento de la sociedad, de la misma manera que el exceso de gastos individuales sobre ahorros tiende a agotar a una persona. Los economistas lo denominan "consumo de capital" o bien, en términos contemporáneos, "descapitalización de la industria". Esto resulta evidente por las herramientas y equipos ineficientes, talleres y fábricas obsoletos, y otras instalaciones desactualizadas. Las tasas de interés escalofriantes señalan mercados de capitales vacíos y agotados. La pérdida de capital productivo evidentemente lleva a una reducción en el ingreso de los trabajadores. Los índices de salarios pueden llegar a declinar en términos reales. Los trabajadores quizá tengan que dar "devoluciones" trabajando durante horarios más prolongados para recibir una paga inferior y menores beneficios marginales.

El pueblo de los Estados Unidos no está acostumbrado al deterioro de las condiciones económicas. Aunque ellos mismos pueden estar a favor del sistema de transferencia política según lo indican las elecciones, quizá no aprecien demasiado sus efectos. Con creciente fervor, pueden llegar a buscar recetas políticas que prometan más gastos con más prosperidad. La política se torna cada vez más importante, más mordaz y divisoria.

Como reacción al deterioro visible del bienestar económico de tanta gente, la administración en el poder probablemente recurra a medidas desesperadas. En especial,

* Recuérdese que este libro fue publicado en 1985.

puede dirigirse a la Reserva Federal para que reemplace la sustancia económica consumida por nuevo dinero, los ahorros reales por papel moneda, y el capital productivo por expansión del crédito. Estas sustituciones crean una inflación galopante que, finalmente, da origen a la hiperinflación. Aunque conocemos los efectos económicos de tal desastre, es difícil vislumbrar sus efectos sociales y políticos.

El banco central del mundo

En cuanto a posición, poder y funciones, el Sistema de la Reserva Federal difiere materialmente de todos los demás bancos centrales. Cuando el dólar estadounidense apareció como la principal divisa internacional sirviendo al comercio de todo el mundo, la Reserva Federal surgió como el banco central del mundo. Ya había adquirido una posición de liderazgo bajo el sistema de Bretton Woods, que había convertido al dólar estadounidense en la moneda de reserva internacional, pagadera en oro al precio de US\$ 35 por onza. En agosto de 1971, cuando el presidente Nixon repudió el acuerdo de Bretton Woods, el mundo continuó utilizando el dólar estadounidense sin su convertibilidad. Después de todo, los comerciantes y banqueros del mundo se habían acostumbrado a él. El dólar brindaba acceso a los mercados del país más productivo del mundo, y sus antecedentes de relativa estabilidad eran unos de los mejores de la reciente historia monetaria, a pesar de sus devaluaciones de 1934 y de 1971. Por sobre todas las cosas, el repudio oficial del oro creó un vacío que ningún otro dinero fiat podía ocupar. Dejó al dólar de la Reserva Federal en el lugar más prominente para convertirse en el medio de cambio y activo de reserva del mundo.

El mundo requiere desesperadamente una moneda común que facilite el comercio y las operaciones internacionales. Durante cientos de años el oro actuó como moneda universal, uniendo al mundo en colaboración y comercio pacíficos. En la actualidad, se pretende que el dólar estadounidense asuma las funciones del oro, pero en contraposición al patrón oro, que era totalmente independiente de cualquier gobierno, el patrón dólar depende totalmente de la sabiduría y la discreción del Sistema de la Reserva Federal. Es decir, el patrón monetario del mundo yace ahora exclusivamente en las fuerzas políticas que dan forma a las políticas monetarias de un único país: los Estados Unidos de Norteamérica.

El dólar estadounidense actúa como la divisa de reserva monetaria internacional y como principal divisa de cambio en el comercio mundial. Sirve como unidad de referencia para todas las demás divisas, y como unidad de cuenta de la mayoría de las operaciones comerciales y de casi todas las transacciones de capital del mundo. Los contratos petroleros se celebran en dólares estadounidenses. En países con inflación crónica, puede incluso actuar como sustituto ilegal de las monedas locales. Lejos de desaparecer después de la muerte del sistema de Bretton Woods, el dólar estadounidense -gracias a las necesidades del comercio mundial- ha cobrado mayor importancia que la que tenía anteriormente.

La demanda internacional de dólares les ha otorgado una fuerza extraordinaria entre las divisas del mundo, a pesar de que continúan devaluándose en cuanto a poder adquisitivo. Los bancos centrales de los países de la OPEP, Europa occidental y Japón mantienen la mayoría de sus reservas de divisas en títulos de crédito contra dólares estadounidenses, principalmente en títulos del Tesoro de los Estados Unidos. Al comprar letras, documentos y bonos del Tesoro financian una parte significativa de los déficit del presupuesto federal que, de lo contrario, tendrían que ser financiados por la Reserva Federal. De no ser por estos préstamos del exterior, la masa monetaria de la Reserva Federal sería quizá mucho más grande y, en consecuencia, la tasa de inflación sería mucho más alta.

El orden monetario del mundo, sostenido por el dólar estadounidense y manipulado por el Sistema de la Reserva Federal, convierte la economía mundial en una extensión de la economía de los Estados Unidos. Cuando la Reserva Federal expande su crédito para estimular la actividad económica o simplemente para financiar el déficit federal, los efectos se hacen sentir en todo el mundo. Cuando actúa para restringir el crédito por algún motivo, esto repercute en los mercados monetarios mundiales. A los pocos minutos de ser adoptadas, las medidas de la Reserva Federal se hacen sentir en Londres, París, Frankfurt, Tokio y Hong Kong. Nadie diseñó el patrón dólar del mundo, ningún gobierno lo creó, y ningún acuerdo internacional lo legalizó: es la consecuencia de las ideas y doctrinas económicas que convierten al gobierno en el tutor del dinero de la gente y a un banco central en su administrador.

Vanguardia del socialismo

El Sistema de la Reserva Federal es mucho más que el banco central del mundo. Desde sus modestos comienzos, frecuentemente se ha desempeñado a la vanguardia y como líder del sistema de mando político. Muchas de las enmiendas que se le han efectuado a la ley de la Reserva Federal, otorgándole al Sistema poderes aun mayores para la expansión monetaria, fueron aprobadas por recomendación de los directores. En sus memorias, el directorio frecuentemente incluyó una sección que recomendaba leyes para su aprobación por parte del Congreso. Sólo durante los primeros años del "New Deal" de Roosevelt fue el gobierno federal, en ocasiones, más exigente en cuanto a su legislación que lo que lo fue el directorio en cuanto a sus recomendaciones, pero aun en ese caso, el gobierno federal no tomó medida alguna sin el asesoramiento del directorio.

En la actualidad, el Sistema posee un poder de expansión casi ilimitado; sin embargo, el directorio reclama un poder aun mayor. Implora e insiste en que se le otorgue poder permanente para controlar los usos a los que se puede destinar su crédito. En otras palabras, quisiera manejar los mercados crediticios para canalizar los beneficios de la inflación y de la expansión crediticia hacia su deudor predilecto, el gobierno federal.

La Reserva Federal es un centro de información financiera. Distribuye cantidades de libros, folletos y documentos a través de muchos canales de comunicación y educación.

La mayoría de sus publicaciones están disponibles sin cargo alguno. Se han distribuido más de un millón de ejemplares de su texto básico sobre *The Federal Reserve System, Purposes and Functions*² (El Sistema de la Reserva Federal, propósito y funciones), desde su primera edición en 1939. Cada economista, banquero o estudioso del dinero y la banca posee al menos una copia.

Tal como puede esperarse, todas las publicaciones del Sistema son intentos de disculpas y justificativos de sus políticas monetarias. En los períodos de expansión desastrosa, tan numerosos en la historia del Sistema, las publicaciones "explican" las razones que llevaron a los directores a adoptar políticas inflacionarias. En períodos de contracción y depresión culpan a los especuladores, a los extranjeros y a otros observadores. Esta información errónea ha convertido al sistema en un poderoso e influyente defensor del poder político.

La ley de la Reserva Federal fue quizás el peor desatino que pudiera haber cometido jamás el Congreso. El día en que fue aprobada, la vieja Norteamérica falleció para dar lugar a una nueva era. Nació una nueva institución que causaría, o bien que contribuiría ampliamente a, la inestabilidad económica sin precedentes de las décadas futuras. Fomentó la formación y el crecimiento de grupos de presión que clamaban por la protección y compensación del gobierno; evidentemente, la empresa individual resultaba poco confiable y anticuada, y se había tornado obsoleta por el sistema de mando. No puede haber duda alguna de que la Reserva Federal contribuyó a introducir la era de la regulación y del control.

Para un estudioso serio del dinero y la banca, la lección a aprender al considerar los setenta años del manipuleo por parte de la Reserva Federal sólo puede ser ésta: el Sistema de la Reserva Federal no es únicamente una herramienta vital de control político sobre nuestras vidas, sino también un enemigo implacable del sistema empresario y un líder influyente del sistema de mando. Por eso los partidarios de la libertad individual no descansarán hasta que haya sido abolido definitivamente.

2. Moneda obligatoria: leyes sobre la moneda de curso forzoso

Los actos nocivos frecuentemente están unidos unos a otros. El mal de la inflación está ligado a la indigencia y a la miseria, que a su vez están conectadas con los conflictos sociales y las contiendas políticas. La inflación es un efecto de la política, y a su vez afecta a la política como antagonista del orden.

Sólo los políticos son responsables de la inflación pues sólo el gobierno, la autoridad política, dirige la política monetaria y conduce los mercados crediticios. Puede hacerlo de manera directa a través de la legislación o regulación, o bien mediante un banco central

² Directorio, *The Federal Reserve System, Purposes and Function*, Washington, D.C., Imprenta del Gobierno de los Estados Unidos, 1939.

que dirige los asuntos monetarios. En los Estados Unidos la inflación es un artificio del gobierno federal, que actúa a través del Sistema de la Reserva Federal.

Ser responsable de la inflación no implica que el gobierno sea el origen y la fuente del dinero. Puede tomar el dinero, ejercer un monopolio sobre él, devaluarlo y destruirlo, pero no crearlo. El dinero siempre surge de la necesidad que tiene el hombre de poseer un bien vendible que pueda, fácilmente, ser intercambiado por otros. El hombre otorga mayor valor a un bien y lo elige en lugar de otro, incluyendo al más comercializable de todos, el dinero. Sus propios intereses lo llevan, sin contrato previo, sin presión por parte del gobierno, e incluso sin consideración por el bienestar público, a intercambiar su servicio o producto por la mercancía más comercializable, el dinero. El dinero surge de la inclinación del hombre hacia la especialización y el intercambio de sus bienes y servicios.

El valor del bien económico utilizado como dinero está sujeto a las mismas consideraciones que otras mercancías. Los individuos le otorgan un valor porque resulta útil; les permite, en un futuro próximo o lejano, adquirir otros bienes. Le dan valor porque goza de poder adquisitivo, y goza de este poder adquisitivo porque la gente le da valor.

Éste es un razonamiento tortuoso, a menos que reconozcamos el orden correcto del proceso de valoración. El valor de cambio del dinero es una función de las valoraciones subjetivas de la gente; éstas se ven influidas por su recuerdo del poder adquisitivo del pasado el que, a su vez, puede ser rastreado hasta el valor de uso del bien monetario. Sin conocer el origen de su valor de cambio, pero recordando claramente el poder adquisitivo que poseía ayer, la gente le otorga valor al dinero, según sus escalas de valor. Pueden aumentar sus tenencias de efectivo si el dinero en efectivo es más valioso que los bienes económicos ofrecidos a cambio, o pueden reducirlos si los bienes disponibles para intercambio son más valiosos. Los cambios del valor individual afectan a los cambios del poder adquisitivo.

Poder del gobierno sobre el dinero

Algunos están satisfechos con tenencias relativamente pequeñas, mientras que otros prefieren poseer mayor cantidad de efectivo. Todos quisieran tener una cantidad de dinero con poder de cambio. Evidentemente, no querrían poseer algo que supuestamente perdería su poder. Rápidamente se volcarían a otro bien y lo convertirían en su dinero, si gozaran de libertad para hacerlo.

Desafortunadamente, no la tienen. El gobierno ejerce un monopolio sobre el dinero, el gobierno aprueba y pone en vigencia leyes sobre la moneda de curso forzoso que rechazan de plano la libertad de elección. Fuerza a la gente a aceptar moneda de curso forzoso si desean que se les pague. Los trabajadores tienen que aceptarlo o bien renunciar a sus salarios, los comerciantes deben aceptarlo a cambio de mercadería o bien perder el precio de compra.

El riesgo de pérdida, que constituye el riesgo de expropiación por jurisdicción, los fuerza a todos a aceptar la moneda de curso forzoso. Explica por qué algunas monedas nacionales continúan funcionando, aparentemente, a pesar de que sus gobiernos están inflándolas, año tras año, a porcentajes de tres o incluso cuatro dígitos.

El poder de inflación descansa en el poder monopolístico sobre el dinero. Uno de los primeros pasos en este sentido fue *el monopolio que ejercía el gobierno sobre la casa de la moneda*. Para asegurarse la posesión de metales preciosos utilizados como monedas, los soberanos prohibieron todas las emisiones privadas y establecieron su propio monopolio. La acuñación se convirtió en prerrogativa especial del poder soberano. Las monedas portaban imágenes de los soberanos o bien sus emblemas predilectos. Sobre todo, sus cecas podían cobrar cualquier precio por las monedas que fabricaban, o bien podían reducir el contenido de metal precioso de las monedas, obteniendo de esta forma inmensas rentas a través de la degradación de las monedas. Una vez establecida firmemente esta prerrogativa de soberanía, ya no se cuestionaba el derecho de recortar, degradar o adulterar la acuñación. Se convirtió en un "derecho de la corona", que constituyó una de las principales fuentes de renta.

El gobierno adquirió el control absoluto sobre el papel moneda al aprobarse las leyes sobre la moneda de curso forzoso, las que le indican a la gente cuál será su moneda legal. Dichas leyes evidentemente carecen de significado y son superfluas en aquellos casos en que se respeta la ley de contratos habitual. Cuando el gobierno desea acuñar monedas o emitir billetes de calidad inferior, debe recurrir a la coerción bajo la forma de leyes sobre la moneda de curso forzoso. Puede entonces reemplazar el dinero honesto por dinero deshonesto, las monedas de oro por billetes fiat y las monedas de plata por monedas de valor inferior, falsificar los índices de cambio entre ambas formas y saldar sus deudas con billetes fiat o hacer pagos con monedas de valor inferior. En realidad, una vez que se aprueban e implementan las leyes sobre la moneda de curso forzoso, el desconocimiento de la deuda a través de la devaluación monetaria se convierte en práctica habitual de las finanzas del gobierno.

Los tribunales no brindan protección alguna; están totalmente paralizados en su defensa y administración de la justicia una vez que aceptan las leyes sobre la moneda de curso forzoso. Una deuda de un millón de marcos oro puede legalmente ser pagada con un millón de marcos billete con los que puede comprarse menos de un centavo estadounidense, y una deuda del gobierno de cincuenta mil millones de dólares de 1940 puede pagarse o reembolsarse con una emisión de dólares de 1985 cuyo valor es inferior a una décima parte del valor original. Con la bendición de los tribunales, millones de acreedores se verán privados ahora de sus legítimos derechos, y su propiedad será legalmente expropiada.

La legislación sobre la moneda de curso forzoso es uno de los grandes males de nuestros tiempos, la base indispensable de la inflación y la destrucción monetaria. Corroe la moral y los cimientos económicos de nuestra sociedad económica, en gran medida porque se la

ha malinterpretado e ignorado. Los economistas más importantes no son conscientes de sus problemas y, por lo tanto, no la someten a discusión.

Definiciones engañosas

Según la mayoría de los diccionarios, moneda de curso forzoso es cualquier moneda que, por ley, debe ser aceptada cuando se la ofrece en pago de una deuda expresada en la unidad monetaria de un país. Esta definición legal no demuestra comprensión alguna de las implicancias morales y de las consecuencias económicas del principio de moneda de curso forzoso. Una definición más significativa que revelaría sus implicancias nefastas sería: "Moneda de curso forzoso es la obligación legal de aceptar billetes de la Reserva Federal a su valor nominal, independientemente de cuánto haya caído, o se espera que caiga, su poder adquisitivo"; o bien: "Moneda de curso forzoso es la obligación legal, puesta en vigencia por los tribunales y la policía, que tiene cada acreedor de aceptar billetes de la Reserva Federal de un valor incierto y generalmente en devaluación".

La inscripción, "Este billete es moneda de curso forzoso para todas las deudas, públicas y privadas", que aparece en todos los billetes de la Reserva Federal, debería decir: "Cualquiera puede, verse forzado a aceptar este billete, independientemente de su valor, como pago de cualquier deuda pública y privada". El poder de la moneda de curso forzoso representa para el banco central exactamente lo mismo que el poder de tributación para la Dirección General Impositiva. Implica el poder de forzar la aceptación de su dinero, de imponer valores ficticios y de apoderarse de propiedades a cambio de dinero devaluado.

La coerción a través de la moneda de curso forzoso puede adoptar varias formas:

1. El gobierno puede forzar a sus ciudadanos a aceptar sus billetes a valor nominal. Puede pagar o reembolsar su deuda en dólares de determinado valor y poder adquisitivo con dólares que valen menos. Los tribunales siempre colaboran: consideran que es adecuado y justo que el gobierno de los Estados Unidos, junto con todos los demás deudores, salde su deuda de 1955 con dólares de 1985 cuyo valor es sólo una quinta parte del poder adquisitivo que poseían originalmente.
2. El gobierno puede establecer un monopolio de la emisión proscribiendo la competencia de cualquier naturaleza. El monopolio del dinero del gobierno, que excluye a divisas alternativas y prohíbe unidades de cuenta alternativas, fuerza a todo aquel que participe en intercambios monetarios a aceptarlo. El monopolio de la emisión es coercitivo en cuanto a naturaleza y da por resultado la fuerza de la moneda de curso forzoso.
3. La moneda de curso forzoso puede concebiblemente limitarse al emisor únicamente, la única honrada fuerza de moneda de curso forzoso. Esta forma corresponde a la obligación general que uno tiene de pagar sus deudas en su totalidad y de abstenerse

de engañar y defraudar a los demás. Si se implementara, el gobierno de los Estados Unidos se vería obligado a aceptar pagos en billetes de la Reserva Federal a valor par, pero no podría forzar a ningún otro a aceptarlos. Para saldar su antigua deuda, el gobierno de los Estados Unidos tendría que compensar a sus acreedores por las pérdidas sufridas.

4. La calidad de moneda de curso forzoso puede ser otorgada al oro o a la plata únicamente, lo cual da lugar a un patrón mercancía. Cuando le es otorgada al oro, la calidad de moneda de curso forzoso trae aparejado un patrón oro de curso forzoso, cuando le es otorgada a la plata, un patrón plata. La calidad de moneda de curso forzoso otorgada a ambos metales a un tipo de cambio fijo se denomina bimetalismo; dependiendo de la proporción de cambio, esto da por resultado el patrón oro o el patrón plata. Cuando se le otorga a ambos, sin un tipo de cambio fijo, la calidad de moneda de curso forzoso da lugar a un patrón paralelo en el cual ambos metales funcionan como dinero.

Concederle fuerza de moneda de curso forzoso al oro o a la plata es una situación anómala, superflua y potencialmente perjudicial. Ninguna moneda honesta requiere tener curso forzoso para ser aceptada para saldar una deuda. El oro no necesita convertirse en moneda de curso forzoso, como tampoco lo requiere una divisa con una reserva de oro de 100 por ciento. Sin la ayuda de políticos y jueces, el oro prevalecería sobre el dinero malo. Convertir al oro en moneda de curso forzoso significa dar un mal ejemplo, independientemente de cuán honorable pudiera ser la intención. Eleva al aparato político al nivel de regulador de los asuntos económicos, y abre el camino a la legislación que crea una divisa forzada y otorga el privilegio de la exclusividad. Bajo condiciones de un cambiante valor de los metales, el hecho de convertir al oro en moneda de curso forzoso podría incluso dar lugar a males similares a aquellos creados con el dinero del gobierno.

No puede haber inflación sin moneda de curso forzoso

Otorgarle al papel moneda curso forzoso podría ser uno de los peores males que el gobierno pudiera causar a sus ciudadanos. Le confiere al gobierno un inmenso poder financiero, mucho mayor, por cierto, que el poder de tributación. Afecta a la producción y a la distribución económicas, influye en la formación de precios y hace que el gobierno tenga fácil acceso a toda la propiedad privada. Las leyes que rigen la moneda de curso forzoso le permiten al gobierno tomar ingresos y riquezas sin el consentimiento de la gente, generalmente, incluso, sin su conocimiento. Por último, sin duda destruirá la economía de la propiedad privada.

El poder de la moneda de curso forzoso le permite al gobierno financiar grandes déficit presupuestarios, incurrir en cualquier tipo de gastos, aportar fondos para cualquier tipo de programa o proyecto y financiar guerras y revoluciones. El monopolio del dinero, junto con el poder de la moneda de curso forzoso, le permite al gobierno multiplicar su dinero de manera casi ilimitada, mientras la gente quizá ni siquiera sea consciente de ello. Le

permite al gobierno dirigir la frustración y la furia de la gente hacia empresas que se atreven a descontar el dinero y a cobrar precios más altos. La legislación sobre la moneda de curso forzoso proscribiera el mecanismo de precios para las divisas, lo que equivale a romper el termómetro con el cual se toma la fiebre.

No puede haber inflación sin legislación sobre la moneda de curso forzoso. Si la gente tuviera la libertad de utilizar monedas alternativas y aceptar billetes devaluados sólo a su valor de mercado, descontarían los billetes en términos de otras monedas. Ya que Israel sufre una inflación del 1000 por ciento anual, los vendedores israelíes ofrecerían sus mercancías a precios en dólares más estables, mientras que descontarían siclos israelíes y exigirían precios aun más altos en siclos. Ya que no se permite otra moneda, no tiene otra opción que la de mostrar precios solamente en unidades devaluantes de siclos. En términos populares esto se denomina "inflación".

Sólo el dinero de curso forzoso puede incrementar todos los precios. Le permite al gobierno forzar a la gente a aceptar su dinero monopólico, inundar con él el mercado y aumentar todos los precios. Cuanto mayor sea la cantidad de dinero que emite el gobierno, mayor será el aumento de los precios. En un sistema de libertad monetaria, en el cual el gobierno sería uno de los tantos emisores de dinero, el gobierno podría sobreemitir sus billetes, pero no podría elevar todos los precios. Los precios de los productos permanecerían prácticamente estables en términos de otras monedas; sin embargo, la moneda del gobierno pronto se descontaría y, finalmente, sería rechazada. En síntesis, un gobierno que emitiera demasiado dinero se encontraría, en muy poco tiempo, fuera del negocio de emisión de billetes.

Existen límites naturales para el volumen de dinero monopólico. Las monedas monopólicas de curso forzoso podrían realmente ser emitidas en cantidades tan grandes que la mente humana ya no podría calcular precios simples. Cuando un periódico cuesta millones, miles de millones o billones de unidades monetarias monopólicas, su fin se vislumbra claramente. Cuando la división social del trabajo se detiene por falta de dinero honesto, la legislación sobre la moneda de curso forzoso puede dar lugar a la libertad de elección. Finalmente, la "ley de costos", que establece que el valor del papel moneda no será superior al costo de su impresión, podría detener la emisión de dinero monopólico. El límite está cerca, por cierto, cuando al igual que ocurrió en la hiperinflación alemana de noviembre de 1923, los costos de impresión llegaban a no menos del 48 por ciento del valor de los billetes recién impresos.

En sociedades acostumbradas a la obediencia y a la sumisión, por parte de la ciudadanía, a la autoridad del gobierno, las emisiones de moneda de curso forzoso pueden llevar al camino de la destrucción económica; del mismo modo, la pena de muerte y otros castigos inhumanos por violación a la moneda de curso forzoso amplían el alcance de la emisión de dinero monopólico. En sociedades con tradiciones de libertad individual y autoconfianza, el alcance de la destrucción puede llegar a ser mucho menor. Muchos escapan rápidamente y descienden a la economía subterránea utilizando el dinero-

mercancía, desafiando las leyes sobre la moneda de curso forzoso.

El curso forzoso en los Estados Unidos

El mal de la moneda de curso forzoso llegó a los Estados Unidos en períodos de emergencias nacionales y en nombre de ellas. Entre 1775 y 1779 el Congreso Continental emitió alrededor de U\$S 241 millones para financiar la Revolución. No declaró por sí mismo el curso forzoso de los billetes, pero instó a los estados a otorgarles la condición de moneda de curso forzoso. Los estados cumplieron sin vacilar.

La devaluación del dólar billete continental comenzó en 1776. Para obtener cierto poder adquisitivo de su emisión, el Congreso imprimió dólares continentales cada vez con mayor rapidez. Su primera emisión llegó a unos meros U\$S 2 millones en cartas de crédito; en 1779, las máquinas de imprimir del gobierno produjeron U\$S 140 millones. Para 1780 el valor en especie del dólar continental había caído a tres centavos, y seguía en disminución. El Congreso decidió no imprimir más dinero, y financiar sus gastos a través de otros medios recién cuando el costo de emisión de billetes prácticamente superaba su valor. En ese momento, la gente se negaba a aceptar más dólares continentales, lo cual, finalmente, llevó a los estados a derogar sus leyes sobre la moneda de curso forzoso.

Durante la guerra civil, la administración Lincoln emitió alrededor de U\$S 450 millones de bonos fiscales y les otorgó la calidad de dinero de curso forzoso. Una serie de casos legales llegó a la Corte Suprema entre 1868 y 1870. El tribunal dictó el fallo de que las disposiciones sobre la moneda de curso forzoso eran inconstitucionales. Mientras quedaban pendientes más casos, el Congreso elevó el número de miembros de la Corte Suprema de siete a nueve; el presidente Grant, que realizaba los nombramientos, seleccionaba sólo a aquellos jueces que sabía estaban a favor de la constitucionalidad de la moneda de curso forzoso, creando de esta manera una mayoría preestablecida que apoyaba a la moneda de curso forzoso. De allí en más se llegó a la inevitable conclusión de que la Corte apoyaría la legislación sobre la moneda de curso forzoso.

En 1933 el gobierno federal expropió las monedas de oro de la gente y les otorgó fuerza de moneda de curso forzoso a todos los billetes de la Reserva Federal y a todo el dinero del Tesoro de los Estados Unidos. En todos los casos que llegaron a la Corte Suprema, los jueces confirmaron los poderes monetarios que reclamaba el gobierno.

El 5 de junio de 1933 una resolución conjunta del Congreso invalidó las cláusulas sobre el oro en todos los contratos, públicos y privados. En 1935, la Corte Suprema aclamó y aprobó la Resolución. Según las palabras de Hughes, presidente de la Corte Suprema, "las partes no pueden quitar sus operaciones del alcance del poder constitucional predominante, mediante la celebración de contratos referentes a las mismas".³ Con la

³ Henry Mark Holzer, *Government's Money Monopoly*, New York, Books in Focus, 1981, p. 185.

mayor facilidad del mundo, la Corte permitió a cada deudor defraudar a sus acreedores, y le otorgó al gobierno el privilegio de robarle a sus acreedores con el pretexto de pagarles, todo en nombre de la Constitución.

Luego de haber surgido de la pasión y la violencia de las emergencias nacionales, la obligación de la moneda de curso forzoso quedaría anclada en la Constitución, por orden de cinco jueces de la Corte Suprema. Quizá llegue otro día en el que otros cinco jueces lean la Constitución y lleguen a una conclusión diferente.

II

Soluciones falsas: manipulación monetaria

Las políticas económicas son el resultado de las ideas económicas. Esto también es cierto en la esfera de la política monetaria y en la organización del sistema monetario. Los fundadores del Sistema de la Reserva Federal se ocuparon de reorganizar el orden monetario porque estaban convencidos de que el antiguo orden era deplorablemente deficiente y requería una revisión de su legislación. Fueron motivados por el viejo pensamiento de que el orden monetario debía ajustarse a las necesidades monetarias de las actividades comerciales.

En especial, creían que el dinero-mercancía que financiaba la venta real de mercancías era el instrumento ideal para el ajuste de la moneda. Estaban convencidos de que las reservas de oro que poseía la gente debían concentrarse en un banco central y emplearse por orden central, al igual que las reservas del ejército en una batalla decisiva. Por lo tanto, esperaban que el sistema monetario de los Estados Unidos adquiriera la elasticidad y la estabilidad deseadas, tan claramente descritas por muchos escritores monetarios.

Después de setenta años de manipuleo monetario, es evidente que el nuevo sistema es más deficiente que cualquier otro de la historia. Ha dado lugar a una inestabilidad sin precedentes, ha reducido el poder adquisitivo del dólar estadounidense a unos pocos centavos de su antiguo valor. Ha creado inflación, que enriquece a algunos y empobrece a otros, generando de esta manera conflictos y luchas sociales. Se trata de una enfermedad que no es ni accidental ni el resultado de fallas o malicia individuales. Es el producto final de ciertas ideas económicas que guiaron a los legisladores que diseñaron el sistema, y de las autoridades monetarias que lo dirigen.

La mayoría de los ciudadanos de los Estados Unidos aceptan el sistema actual, porque aceptan las mismas nociones y doctrinas que le dieron origen. Quizá no siempre estén de acuerdo con todos sus aspectos o manifestaciones, ni acepten deseosamente todas sus malignas consecuencias; tal vez quieran reformarlo a través de agregados o supresiones legislativas, o simplemente imponer pautas que lo harían funcionar de manera más eficiente y satisfactoria; sin embargo, están convencidos de que ellos mismos, si fueran

los zares del dinero, lo manejarían de una manera más eficiente y beneficiosa que todos los demás zares.

Para darle un justificativo "científico" a sus elevados reclamos un gran número de economistas contemporáneos han desarrollado intrincadas teorías, comúnmente conocidas como "nueva economía". Básicamente, todos le atribuyen al gobierno el poder mágico de crear riquezas reales de la nada, de elevar la "renta nacional" a través de los esfuerzos del banco central y sus máquinas impresoras. Son unánimes en su condena al patrón oro, que para ellos significa dominación por "fuerzas externas" y la negación de la independencia nacional en las políticas económicas. Evidentemente, la "independencia" que tan celosamente apoyan es el punto más importante del control gubernamental sobre los asuntos monetarios. Quieren "dinero fiat", es decir, dinero del gobierno sin la limitación de una mercancía tal como el oro.

John Maynard Keynes, el profeta de la "nueva economía", rechazó de plano el patrón oro por causar estancamiento y desempleo. Según sus propias palabras, "es interesante observar que la característica que tradicionalmente se suponía convertía el oro en un elemento especialmente adecuado para ser utilizado como patrón de valor, es decir la falta de flexibilidad de la oferta, resulta ser, en última instancia, la característica subyacente del problema".

Keynes apoya un patrón fiat con tipos de cambio flexibles. Según el "plan Keynes", el patrón sería coordinado por una autoridad monetaria internacional. Como líder de la delegación británica ante la conferencia de Bretton Woods en 1944, desempeñó un papel importante en la formación del Fondo Monetario Internacional y del Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo. Su obra más importante, *The General Theory of Employment, Interest and Money*⁴ se convertiría en el punto de partida de la teoría y las políticas macroeconómicas modernas. Implementó una "revolución de política", cuando los gobiernos de todo el mundo lanzaron sus programas de pleno empleo.

La mayoría de los críticos del orden keynesiano aceptan sin titubeos sus fundamentos ideológicos. Pueden discrepar con la estructura keynesiana, pero todos concuerdan con el maestro en que deben guiar a la gente y manejar su dinero.

3. Los monetaristas

Los críticos más fervorosos del orden keynesiano son los monetaristas que se concentran mayormente en la Universidad de Chicago, y su líder, Milton Friedman. Los miembros de la escuela, denominados monetaristas debido a que enfatizan los factores monetarios, son firmes partidarios de la economía de empresa, pero en oposición a unos pocos críticos que deploran la naturaleza misma de la interferencia y del control políticos,

⁴ John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money*, New York, Harcourt, Brace & Company, 1936.

subrayan la necesidad de que el gobierno establezca hitos y pautas para el sector privado. Querrían brindar un marco dentro del cual se permita el funcionamiento del mercado libre. Su programa básico de reforma económica quizá fuera mejor resumido por Henry C. Simons (1899-1946), el fundador de la escuela, en su ensayo de 1934, *A Positive Program for Laissez Faire*:

- Simons sostenía que para brindar un marco efectivo, el gobierno debe eliminar todas las formas del poder de mercado monopólico, en especial debe destruir a las sociedades oligopólicas y aplicar las leyes "antitrust" a los sindicatos. Para limitar el tamaño de las empresas puede utilizarse una ley de constitución federal.
- El gobierno debe buscar y promover la equidad y la justicia a través de la reforma del impuesto a las ganancias.
- El gobierno debe limitar los gastos excesivos restringiendo la publicidad y demás prácticas dispendiosas.
- Y finalmente, el gobierno debe establecer "[...] 'reglas de juego' más numerosas y adecuadas con respecto al dinero, recurriendo a:
 1. La abolición de los depósitos bancarios privados sobre la base de reservas fraccionadas.
 2. El establecimiento de un medio de circulación nacional, totalmente homogéneo, y
 3. La creación de un sistema bajo el cual una autoridad monetaria federal tenga la responsabilidad directa e ineludible de controlar (sin amplios poderes discrecionales, sino bajo reglas simples y específicas establecidas en la legislación) la cantidad (o bien, a través de la cantidad, el valor) de dinero eficiente".⁵

Milton Friedman es el más conocido de los partidarios contemporáneos de la filosofía de Simons y el crítico más ferviente de la doctrina keynesiana. Dirige su crítica más severa contra el uso de la política fiscal para estabilizar la economía; en su lugar, él utilizaría la política monetaria similar a aquella descrita por Simons.

El profesor Friedman sostiene que es prácticamente imposible contrarrestar y compensar los vaivenes económicos del sector privado con los gastos del gobierno y las modificaciones impositivas. No podemos, con toda confianza, prever los movimientos del ciclo económico; aun si pudiéramos hacerlo, "existiría probablemente un retraso entre la necesidad de acción y el reconocimiento por parte del gobierno de la necesidad de acción, y la adopción de acciones y existiría un atraso aun mayor entre la acción y sus

⁵ Henry C. Simons, "A Positive Program for Laissez Faire". *Economic Policy for a Free Society*, University of Chicago Press, 1948, p. 57.

efectos".⁶ Según Friedman, el resultado neto podría en realidad ser peor que la situación que, supuestamente, esa acción debía corregir; el gobierno siempre llegará tarde para adoptar medidas correctivas y, por lo tanto, puede llegar a convertir esa corrección en otro error.

Para los monetaristas, la política monetaria tiene efectos mucho más poderosos que la política fiscal. Para sostener su posición, apuntan a la teoría cuantitativa del dinero, según la cual la cantidad total de dinero determina el nivel general de precios. No tienen intención de utilizar este conocimiento mediante la implementación de una política monetaria activa. No quieren dinero fácil para estimular la actividad y lograr el pleno empleo, ni dinero escaso para combatir la inflación. Se declaran a favor del dinero *neutral* que facilita el crecimiento económico a largo plazo. El profesor Friedman apoya un aumento sostenido de la masa monetaria a un índice anual fijo, como medio para lograr el crecimiento económico y el pleno empleo.

Para demostrar la idea de que la inestabilidad del orden monetario es la causa principal de las depresiones económicas, el profesor Friedman, junto con Anna Schwartz, estudió la historia monetaria de los Estados Unidos.⁷ Según sus hallazgos, la falta de adaptaciones monetarias siempre genera depresiones. La política torpe implementada por el Sistema de la Reserva Federal, en primer lugar ayudó a provocar la Gran Depresión de 1930, y luego la prolongó. Si el sistema monetario hubiera sido más estable, el sistema económico también lo habría sido.

El profesor Friedman está convencido de que, en las condiciones actuales, una depresión de gran envergadura en los Estados Unidos es prácticamente inconcebible. La creación de la "Federal Deposit Insurance Corporation" (FDIC) ha convertido las quiebras de bancos prácticamente en una cosa del pasado. El crecimiento inaudito de la deuda del gobierno ha convertido a los pasivos del gobierno en una parte importante de los activos de los bancos, que le otorgan mayor estabilidad a la masa monetaria y al crédito. Finalmente, el profesor Friedman cita el "derrocamiento del oro", el cual "redujo la sensibilidad que tenía la masa monetaria a los cambios en las condiciones externas". ¡Las actividades económicas se han vuelto más estables debido al "derrocamiento del oro"!

Para lograr la estabilidad definitiva, el señor Friedman se declara en favor de un patrón fiat con un índice porcentual dado de crecimiento monetario. Por desconfiar de políticos y burócratas, convertiría a su plan en un artículo de la Constitución de los Estados Unidos. Si pudiera promulgarla, la vigésima octava enmienda a la Constitución de los Estados Unidos diría lo siguiente: "El Congreso tendrá el poder de autorizar obligaciones del gobierno que no devengan intereses, bajo la forma de divisas o registros contables,

⁶ *Essays in Positive Economics*, Chicago, University of Chicago Press, 1953, p. 315.

⁷ M. Friedman y A. Schwartz, *A Monetary History of the United States (1867-1960)*, oficina Nacional de Investigación Económica, Princeton University Press, 1963.

siempre y cuando el monto total pendiente en dólares aumente en no más del cinco por ciento anual y en no menos del tres por ciento".

Soluciones falsas basadas en la fuerza

Las conclusiones monetaristas se extraen y las soluciones se ofrecen en la esfera de las actividades macroeconómicas, en la cual la oferta monetaria total junto con una velocidad dada determinan el nivel de precios. Los monetaristas recurren al gobierno para que adopte medidas que llevan a estabilizar el nivel de precios, y de esta manera sanear el ciclo económico. En este sentido se asemejan a los keynesianos, quienes también buscan extraer conocimientos de los cálculos macroeconómicos y persiguen la estabilización a través del manipuleo por parte del gobierno. Sin embargo, mientras que los keynesianos recomiendan políticas fiscales compensatorias, los monetaristas reconocen la futilidad de una afinación continua, y por lo tanto, buscan la estabilización a largo plazo a través de una expansión pareja de la masa monetaria de alrededor del tres al cinco por ciento.

Evidentemente, una expansión tal de la masa monetaria no sólo presupone la existencia y el empleo de una autoridad monetaria para lograr tal expansión, sino que también depende de la moneda de curso forzoso para forzar su aceptación a valor par. Sin el uso de la fuerza, la nueva emisión se dirigirá de inmediato hacia el descuento, e incluso podría llegar a ser rechazada. Además, independientemente de cuán grande o pequeña sea, la emisión sería suficiente para generar algunas inversiones equivocadas y ajustes erróneos que posteriormente requerirían reajustes, es decir, recesiones.

Resulta extraño que los monetaristas, que son fervientes defensores del orden de mercado, recurran a los políticos y a los burócratas para brindar el bien económico de mayor importancia: el dinero. Se debe tener en cuenta que los monetaristas no les otorgan poderes discrecionales, lo cual lleva a Friedman a escribir una regla detallada, una enmienda constitucional; sin embargo, la Constitución es una fuerza suprema, apoyada por los tribunales y la policía. La enmienda es una fórmula política a ser adoptada por las autoridades políticas y, al ser promulgada, se convierte en una prohibición constitucional de la libertad monetaria.

La emisión de dinero del gobierno bajo la forma de "obligaciones que no devengan intereses" no modificaría la naturaleza de la expansión monetaria; simplemente cambiaría su técnica. Se supone que la masa de estas obligaciones crezca, año tras año, sin obligación alguna de reembolso, lo cual modifica su naturaleza y de "obligaciones" pasan a ser simples papeles del gobierno. La propuesta de Friedman sencillamente simplificaría la técnica de la emisión monetaria; en lugar de ser la Reserva Federal quien crea y presta sus fondos al Tesoro de los Estados Unidos, devengando intereses, y luego devolviendo los intereses al Tesoro como "recibos varios", Friedman preferiría que el Tesoro emitiera billetes de los Estados Unidos que no devenguen intereses. Esto evitaría que el Tesoro de los Estados Unidos tuviera que seguir pagando los intereses que ahora paga, y eliminaría los "recibos varios" que ahora recibe.

Búsqueda inútil de la estabilidad absoluta

En su desesperada búsqueda de la estabilidad, la enmienda propuesta por Friedman, desafortunadamente, se dirige por el antiguo camino que no lleva a ninguna parte. No existe ninguna estabilidad monetaria absoluta, nunca la ha habido, y nunca podrá haberla. La vida económica es un proceso de cambio constante. La gente continuamente elige entre alternativas, otorgándoles valores siempre cambiantes a los bienes económicos; por lo tanto, las proporciones de intercambio de sus bienes se ajustan constantemente. Ya que nada es fijo, nada puede medirse. Los economistas que buscan la estabilidad y la medición absolutas buscan en vano, y se tornan destructivos y potencialmente perjudiciales para el bienestar económico de la sociedad cuando recurren al gobierno para aplicar su fuerza de manera tal de alcanzar lo inalcanzable.

El dinero no tiene utilidad como vara de medición de precios. Está sujeto a las valoraciones y a las acciones del hombre de la misma manera en que lo están todos los demás bienes económicos. Sus valores de cambio subjetivos, al igual que los objetivos, fluctúan continuamente y, a su vez, afectan las proporciones de cambio de otros bienes en diferentes momentos y en distinta medida. No existe la verdadera estabilidad del dinero, ya sea dinero fiat o dinero-mercancía. No hay ningún punto fijo o relación fija en el intercambio económico.⁸ Pero, a pesar de esta inestabilidad inherente del valor económico y del poder adquisitivo, el hombre busca constantemente un medio de cambio confiable.

Los metales preciosos le han prestado un buen servicio durante siglos. Debido a sus cualidades naturales y a su relativa escasez, tanto el oro como la plata representaban medios de cambio confiables. Eran bienes comercializables que gradualmente adquirieron aceptación y uso universal en los intercambios. Incluso podrían llegar a utilizarse como herramientas de cálculo económico, ya que las cantidades en las que existían cambiaban con gran lentitud en el transcurso del tiempo. Esto mantuvo las variaciones de su poder adquisitivo en índices que podían ser pasados por alto en la contabilidad y los libros comerciales. En este sentido, podemos hablar de una estabilidad contable que le permite al hombre actuante comparar los innumerables objetos de su preocupación económica.

En el transcurso de toda la larga historia del dinero, siempre surgía un clamor por la estabilidad cuando los gobiernos se involucraban en la degradación de la moneda y en inflación del papel moneda. Indudablemente los romanos ansiaban la estabilidad monetaria cuando sus emperadores recurrían a todos los elementos concebibles de devaluación monetaria. El hombre medieval ansiaba la estabilidad cuando su príncipe lo defraudaba al recortar, reducir o degradar las monedas. Y en los siglos XVII y XVIII los primeros ciudadanos estadounidenses buscaban la estabilidad monetaria cuando los gobiernos coloniales emitían "cartas de crédito" de curso forzoso. Soñaban con la

⁸ Ludwig von Mises, *Human Action*, Chicago, Henry Regnery Company, tercera edición revisada, 1963, p. 219.

estabilidad monetaria durante la revolución cuando el congreso continental emitía enormes cantidades de dólares continentales, hasta transformarse en un elemento totalmente carente de valor.

Las esperanzas de una estabilidad monetaria surgen del deseo de que el gobierno se abstenga de devaluar la moneda. Éste es el único significado permisible de nuestra búsqueda de estabilidad, que es tan antigua como la inflación misma. En nuestro siglo, la búsqueda nuevamente ha cobrado intensidad y urgencia, a medida que los gobiernos de todo el mundo devalúan sus monedas a índices escalofriantes.

La expansión del dinero fiat provoca inestabilidad económica

Contrariamente a la doctrina monetarista, una expansión de la masa monetaria del tres al cinco por ciento sería suficiente para generar el ciclo económico. Los auges y los colapsos económicos se producen en todos los casos de expansión del dinero fiat, ya sea que se trate de una expansión del uno por ciento o del ciento por ciento. La magnitud de la expansión no anula sus efectos, simplemente determina la severidad del ajuste erróneo y del necesario reajuste.

Aun cuando la mayoría de los precios debieran declinar mientras las autoridades monetarias expanden el crédito a un índice modesto, la inyección de fondos fiat falsifica las tasas de interés y causa, de esta manera, la toma de decisiones erróneas con respecto a las inversiones. Si la expansión se dirigiera hacia ciertas industrias únicamente, en lugar de ser ampliamente distribuida en el mercado de préstamos, los ajustes erróneos empeorarían en las industrias favorecidas de esta manera. La inevitable recesión siguiente sería aun más dolorosa.

Los monetaristas proclaman con rapidez que las recesiones económicas en general y la Gran Depresión en particular, son el resultado de la contracción monetaria. Al confundir los síntomas con las causas prescriben políticas que tratarían los síntomas; sin embargo, la prescripción, que significa reinflación, tiende a agravar los ajustes erróneos y demorar el reajuste necesario.

La enmienda Friedman, desafortunadamente, provocaría los mismos conflictos sociales y económicos que el actual sistema fiat. Daría lugar a ingresos y riquezas de inmediato, y luego distribuiría el botín entre una larga lista de ansiosos beneficiarios. La enmienda fijaría la cantidad de la emisión, pero la modalidad de distribución, que otorga favores y asigna pérdidas, quedaría a discreción de las autoridades monetarias. Las sumergiría en desagradables luchas políticas sobre la "redistribución del crédito", que en poco tiempo llegarían a los salones del Congreso tal como ocurre en la actualidad.

Los monetaristas no tendrían, en realidad, una teoría sobre el ciclo económico, sino simplemente pautas para que el gobierno "lo mantenga estable". Desde Irving Fisher a Milton Friedman, el antídoto para las depresiones ha sido siempre el mismo: la

reinflación. El banquero central que permite la contracción del crédito es el culpable de toda la situación. Si se produjera una recesión, deberá emitir más dinero, y si hubiera inflación, es decir, un aumento en los niveles de precios, deberá detener el ritmo del aumento de la oferta monetaria, a pesar de seguir siendo un aumento.

El mismo profesor Friedman parece estar consciente de que carece de una teoría del ciclo económico cuando admite tener "poca confianza en nuestro conocimiento del mecanismo de transmisión". No posee ningún "programa técnico detallado", sino simplemente una "representación impresionista" de que los cambios monetarios constituyen "la clave de los movimientos más importantes del ingreso en dinero". Su "hipótesis de la brecha", por lo tanto, está diseñada para zanjar la brecha de la teoría y dar cabida al tiempo necesario para la corrección de todos los ajustes. Intenta programar la recesión sin explicarla.

Empeorando la situación

Es difícil compartir la gran fe que tiene el profesor Friedman en el poder estabilizador del FDIC. En el análisis final, este poder no es más que el poder del que goza la Reserva Federal para crear dinero nuevo. Indudablemente, en una depresión con una contracción masiva del crédito, las reservas del FDIC serían totalmente inadecuadas para satisfacer las exigencias de los bancos que se encuentran en dificultades (a menos que el monopolio del dinero acudiera al rescate con poder de dinero de curso forzoso). Dicho rescate, que sería equivalente a una inflación masiva, podría "estabilizar" la situación momentáneamente, pero devaluaría aun más el dólar, confundiría las actividades económicas y terminaría por empeorar las cosas.

La creciente importancia de las obligaciones del gobierno tales como los activos bancarios le brinda gran confianza a los monetaristas; sin embargo, crea ansiedad debido a que las obligaciones del gobierno son simples recibos correspondientes a dinero que se ha gastado y ahorros que se han consumido. Cada déficit presupuestario que crea un mayor número de obligaciones del gobierno consume capital productivo y, por lo tanto, obstaculiza la producción económica. La creciente importancia de las obligaciones del gobierno en las carteras de los bancos es, en realidad, una señal del consumo, por parte del gobierno, de sustancia y riqueza económica. Para los bancos comerciales significa la pérdida de bienes inmuebles como garantía de los préstamos, y el agregado de nuevas promesas, por parte del gobierno, de tributar, emitir y pagar. Un sistema bancario construido principalmente sobre pagarés del gobierno se encuentra en una situación precaria.

Lo que el profesor Friedman denomina el "derrocamiento" del oro fue, en realidad, el resultado del incumplimiento por parte de los bancos centrales de sus obligaciones legales y contractuales. Siguiendo el ejemplo dado por los Estados Unidos el 15 de agosto de 1971, los bancos centrales dejaron de cumplir con su obligación de convertir sus divisas en oro. Desafortunadamente, este incumplimiento no trajo aparejada la estabilidad y la prosperidad; abrió las puertas a la inflación mundial. Transformó el dólar

estadounidense en la divisa mundial, elevó al Sistema de la Reserva Federal a la posición de banco central del mundo e inundó al mundo con dólares estadounidenses y eurodólares.

El incumplimiento de los pagos en oro hizo las relaciones económicas internacionales más vulnerables de lo que lo eran antes. Le permitió al Sistema de la Reserva Federal iniciar y orquestar una expansión mundial, con todos sus efectos nocivos. Docenas de países soberanos decidieron entrar en cesación de pagos de sus obligaciones, y muchos otros quizás hagan lo mismo.

La doctrina monetarista de los estabilizadores incorporados es similar a la receta keynesiana. Ambas constituyen fuerzas poderosas de desorganización económica.

4. Los "supply-siders"

En la política, los días que pasamos con nuevas esperanzas y felices perspectivas son, indudablemente, más numerosos que aquellos que terminan dando sus frutos. Con cada nueva elección política, la esperanza ofrece una cura fácil para nuestras dolencias sociales y económicas. Sin embargo, nuestras esperanzas resultan ser principalmente ilusiones que, por fin, no nos dejan más que la esperanza.

Cuando Ronald Reagan pasó a ocupar la Casa Blanca, llevó consigo a un nuevo grupo de asesores, los "supply-siders",^{*} aquellos que estaban del lado de la oferta. Tenían una nueva visión del crecimiento y de la prosperidad económica para todos, una nueva percepción de un futuro más promisorio a través de reducciones impositivas y el regreso a un patrón oro. Esto les trajo aparejada una gran popularidad, no tanto por la originalidad de su pensamiento como por la comprensión que demostraron tener por los prejuicios de nuestra época.

Pero independientemente de lo que podamos pensar de sus logros y perspectivas para el éxito futuro, los "supply-siders" merecen nuestra mayor consideración. Le han dado una nueva vida a la rancia atmósfera de la discusión económica. Después de casi cincuenta años de ortodoxia keynesiana, que creaba sus principios sobre la base de la supremacía de la demanda y la importancia del consumo, los "supply-siders" han redescubierto la importancia de la producción. Después de muchas décadas de charlas multiplicadoras y aceleradoras, después de una inflación galopante y de un estancamiento económico, el debate finalmente se ha volcado al ahorro, a la inversión y a la formación del capital.

La mayoría de los "supply-siders" no son economistas profesionales. Guiados por ideas de la economía popular, aceptan sin titubeos la estructura keynesiana. Son periodistas, columnistas y políticos que hablan elocuentemente de la oferta y demanda agregada y

^{*} Por "supply-siders" se entiende a aquellos que propugnan estimular la economía a través de la oferta, en contraposición a quienes apoyan a la economía desde el punto de vista de la demanda. [N. del T.]

reflexionan sobre el producto bruto interno (PBI) real y potencial. Su mentalidad es holística y colectivista al igual que la de sus contrapartes keynesianos; sin embargo, los "supply-siders" están siempre dispuestos a utilizar el poderoso aparato del gobierno, que fue creado con fines de redistribución, para difundir sus propios objetivos referentes al PBI. En especial, prometen un pastel económico más grande, y porciones mayores para todos.

En sus debates con monetaristas y fiscalistas, los "supply-siders" raramente discuten su caso en el terreno de la teoría económica y la moral política. Sus promesas siempre llevan un atractivo político, dan esperanzas de mayor productividad y mayor eficiencia, lo cual implica mayores ingresos y rentas para los trabajadores, inversores, hombres de negocios y beneficiarios de las dádivas del gobierno, desde bienestar social a servicios médicos. No cuestionan la necesidad de mayores beneficios sociales a través de la redistribución, pero pueden llegar a resistirse a dichas exigencias aduciendo una "falta de fondos". Para los millones de beneficiarios de este sistema de transferencia, este argumento nunca resulta auténtico; implica una promesa de una mayor redistribución en el futuro, cuando exista una mayor disponibilidad de fondos.

Los "supply-siders" gozan de popularidad entre el público y la prensa debido a sus promesas de recortes fiscales para todos. Lamentablemente, ocultan el hecho de que la carga real del gobierno no es el peso de la tributación, sino el peso muerto de los gastos del gobierno. La tributación es sólo uno de los diversos métodos de finanzas públicas. Las reducciones impositivas sin reducciones en los gastos transfieren la carga del gobierno de los contribuyentes a otras víctimas.

Es concebible, por cierto, que un recorte impositivo para la gente que recibe ingresos más bajos transfiera la carga del gobierno al mercado de préstamos, donde el gobierno desplaza a los negocios y consume más capital. Los déficit presupuestarios, financiados de esta manera, provocan el aumento de las tasas de interés, la disminución de las inversiones y el deterioro de las condiciones económicas. Una reducción impositiva que beneficie a las empresas puede otorgarse un año y rescindirse el próximo; pero aun si se reducen los impuestos a las empresas, si los gastos del gobierno crecen y los déficit aumentan todavía más, el gobierno simplemente transferirá sus impuestos al mercado de préstamos, privando al campo económico del capital requerido.

En todos los casos, la reducción impositiva es una farsa que puede engañar a los electores, pero no da alivio alguno a las actividades económicas. Sólo una reducción en los gastos reducirá la carga del gobierno, pero éste es un argumento que los "supply-siders" diligentemente tratan de evitar.

Reglas sobre el precio del oro

Los "supply-siders" que fueron reclutados de las filas de los keynesianos y monetaristas comparten la preocupación keynesiano-monetarista referente a la inestabilidad y al

estancamiento, pero algunos también recuerdan los días dorados del patrón oro: bajas tasas de interés, dinero estable, estabilidad económica e índices más altos de crecimiento económico. Están convencidos de que un patrón oro, junto con impuestos más bajos a las actividades económicas, volvería a captar algunas de esas características y darle la bienvenida a una, nueva era.

El patrón oro que visualizan sería manejado por el Sistema de la Reserva Federal, especialmente por su Comisión de Mercado Abierto. Estos amigos del oro estarían deseosos de manejar el Sistema, no lo modificarían, y evidentemente no lo abolirían. En realidad, ni siquiera consideran el problema crucial del control que ejerce el gobierno sobre el dinero, el monopolio monetario y la fuerza de la moneda de curso forzoso, ni cuestionan la legalidad ni la conveniencia de la monetarización de la deuda federal. No discuten los gastos y déficit federales, aduciendo que los déficit carecen de importancia. Entonces, no resulta sorprendente que el gobierno de los Estados Unidos esté sufriendo los mayores déficit de la historia.

La escuela de los "supply-siders" que se declaran en favor de un patrón oro está dirigida por escritores y políticos eminentes, tales como Robert Mundell, Arthur Laffer, Jude Wanniski, y el diputado Jack Kemp. Todos quieren que la Reserva Federal adopte una "regla de precios", es decir, que establezca el valor del dólar manteniendo el precio del oro en determinado nivel o dentro de cierto margen.

La Reserva Federal debe participar en operaciones del mercado abierto o ajustar la tasa de descuento para mantener el precio del oro en un determinado nivel o bien dentro de cierto margen. Con una regla sobre precios de 300 a 400 dólares por onza, si el precio se acercara a 400 dólares la Reserva Federal contrataría su volumen total de crédito para ejercer presiones hacia abajo sobre el precio del oro; cuando el precio cayera a 300 dólares, la Reserva Federal expandiría el crédito y volvería a hacer aumentar el precio del oro. Al estabilizar éste a través de la expansión o contracción crediticia, todos los demás precios terminarían por estabilizarse.

El esquema del "supply-side" de reglas sobre el precio del oro es una derivación del esquema de Irving Fisher para estabilizar el poder adquisitivo del dinero mediante un "patrón mercancía". Sin embargo, mientras que el profesor Fisher (1867-1947) deseaba mantener la convertibilidad en oro, aunque ya no a un peso fijo del oro, la mayoría de los "supply-siders" no tienen intención inmediata de esta naturaleza. Simplemente observarían el precio del oro, y luego manejarían el crédito de la Reserva Federal según su reacción ante las modificaciones en los precios.

En cierto sentido, la regla sobre el precio del oro es también similar a la fórmula keynesiana del pleno empleo y del crecimiento económico a través de la manipulación contracíclica del crédito; sin embargo, los administradores keynesianos siempre expanden y contraen tomando en cuenta varios índices, especialmente aquellos de empleo y crecimiento económico. La tarea de los "supply-siders" es mucho más simple,

sencillamente tienen que mirar el precio del oro.

Los monetaristas pueden llegar a notar similitudes con los "supply-siders" a pesar de sus acalorados debates. Ambos construyen sus estructuras sobre la base de un monopolio del dinero y de una moneda de curso forzoso, ambos intentarían estabilizar la vida económica mediante ajustes de la moneda. Los monetaristas buscan estabilidad a través de un ritmo constante de emisión monetaria; los "supply-siders" prefieren una regla sobre precios que implica rápidos ajustes de la masa monetaria. Ambos procuran lograr la estabilidad de precios.

Los "supply-siders" parecen estar solos en su gran ingenuidad sobre la capacidad que tiene el Sistema de la Reserva Federal para mantener el precio del oro en cierto nivel. En 1934, después de sólo diez años de manipulación por parte de la Reserva Federal, el dólar fue devaluado de 1/20,67 de una onza de oro a 1/35, lo cual elevó el precio del oro de 20,67 dólares por onza a 35,00 dólares. El dólar ha sufrido dos devaluaciones formales y numerosas devaluaciones "flotantes" desde ese entonces, elevando el precio del oro de 35 dólares por onza a más de 300 dólares en la actualidad.

El Sistema fracasó, no debido a una falta de buenas intenciones ni de capacidad individual sino como resultado de la creciente popularidad que adquiría la inflación y sus efectos embriagadores. Una sociedad que prefiere dinero fiat al dinero mercancía, que crea un monopolio del dinero con poder de moneda de curso forzoso, que le permite al gobierno involucrarse en gastos deficitarios y que espera que éste infle la moneda y que cree crédito para beneficio del empleo y del crecimiento, no puede estabilizar nada, y menos aun el precio del oro. Sería ingenuo creer que, en condiciones de déficit de billones de dólares durante un solo período presidencial, el Sistema podría mantener el precio del oro durante más que un brevísimo momento.

Robert Mundell

Para sus muchos partidarios, la economía del "supply-side" es simplemente la teoría económica clásica, actualizada para manejar las modernas actividades bancarias centrales y la progresiva tributación de los ingresos. Se le da crédito por su desarrollo al economista canadiense Robert Mundell, que ahora se encuentra en la Universidad de Columbia, Nueva York. Su protegido, Arthur Laffer, posteriormente contribuyó a la teoría del "supply-side" con su famosa curva Laffer. Ambos adquirieron fama al señalar la confusión existente entre los keynesianos y los monetaristas y su falta de capacidad para explicar los conflictos económicos de la década de 1970, y al predecir correctamente una inflación mundial y el estancamiento económico después del colapso del sistema de Bretton Woods en 1971.

El profesor Mundell se opone a los influyentes monetaristas de nuestra época -Keynes y Friedman- debido a que han creado modelos y propuestas de una economía cerrada. Ambos desconocen la interdependencia internacional de los países, e ignoran el orden

monetario mundial basado en el oro. Según Mundell, ambos pasan por alto el hecho de que el oro continúa siendo la principal reserva monetaria del mundo. Construyendo sobre la base de patrones de billetes no convertibles, los keynesianos se pronuncian en favor de un tipo de cambio fijo con ajustes pequeños, mientras que Friedman lo hace en favor de un sistema de tipo de cambio flotante. Mundell querría volver a una estructura monetaria internacional similar al sistema de Bretton Woods de las décadas del 50 y del 60, "pero sin las dificultades onerosas del oro subvaluado".

En cuanto a forma y diseño, la propuesta de Mundell es una mezcla keynesiana con ingredientes del "supply-side". La propuesta carece de las características de "méndigale a tu vecino" típicas de las estructuras keynesianas y monetaristas y, por el contrario, busca la colaboración y coordinación internacional; es constantemente consciente del importante papel que el oro ha desempeñado en el pasado y debe volver a desempeñar en el futuro, y se muestra ansiosa de reducir los impuestos a las empresas para agilizar el crecimiento económico. Tanto Keynes como Friedman le solicitan a los gobiernos nacionales que adopten e implementen sus propuestas; el profesor Mundell insta a todos los gobiernos aliados a que organicen, colaboren y coordinen sus esfuerzos en nombre de la propuesta que él hace, que implica un mayor orden y más disciplina. El gobierno de los Estados Unidos, en consulta con sus aliados, debe estabilizar el precio en dólares del oro en el margen de 300 a 600 dólares. El gobierno de Alemania Occidental debe fijar el valor del marco alemán con respecto al dólar en aproximadamente 1,80 a 2,20 marcos alemanes y los demás deben fijar sus tipos de cambio con respecto al dólar utilizando la balanza de pagos como guía para una adecuada política monetaria.

Para que el nuevo patrón oro funcione de manera eficiente, las autoridades monetarias de los Estados Unidos deben permitir que la base monetaria aumente o disminuya según las compras o ventas de oro. Los gobiernos deben coordinar las tasas de interés "para evitar que se desarrollen disparidades excesivas entre los centros de mercados de dinero y que ventarrones de capital especulativo destruyan la confianza y las relaciones de paridad adquisitiva de los tipos de cambio y niveles de precios". Los gobiernos deben embarcarse en el "control multilateral de los problemas relativos a la balanza de pagos y las políticas cambiarias" y participar en "debates multilaterales sobre las políticas antiinflacionarias y los problemas de desempleo-estancamiento". Los gobiernos deben considerar "el ajuste programado de las carteras de dólares-oro de los principales titulares de reservas, de manera tal de alentar políticas monetarias más expansivas o restrictivas", Para mitigar las fluctuaciones económicas, los gobiernos deben utilizar "políticas presupuestarias generales y, de ser necesario, políticas de ingresos [...] con recortes impositivos y gastos fuera de la esfera del gobierno para estimular la demanda agregada y reducir el desempleo durante las recesiones, y con excedentes presupuestarios para frenar los gastos agregados en períodos de auge inflacionario". Estos primeros pasos hacia un patrón oro manejado, según nos lo asegura el profesor Mundell, mejorarían la administración económica nacional en una escala no experimentada desde Bretton Woods.⁹

⁹ Robert Mundell, *The Walt Street Journal*, septiembre 30, 1981, p. 7.

La fe que tiene Robert Mundell en la sabiduría política y la astucia oficiales es compartida por muy pocos economistas; la mayoría es totalmente consciente de que el gobierno, actuando solo o bien en colaboración con otros, ejerce el poder, independientemente de la forma en que lo haga, y aplica la fuerza directa. Utiliza el poder, grande o pequeño, en todas las circunstancias. Cada punto de la propuesta de Mundell requiere que los políticos amplíen y que los funcionarios del gobierno pongan en vigencia el poder del gobierno. Los agentes gubernamentales deben proporcionar el dinero, estabilizarlo, fijar tipos de cambio, ajustar carteras de oro, estimular la demanda agregada y, de ser necesario, aplicar políticas de ingresos, es decir, determinar precios y salarios. La propuesta considera un sistema de mando internacional, coordinado y disciplinado, nunca antes visto en el mundo libre.

Los productores de oro y sus asociados quizás acepten la propuesta de Mundell de emitir monedas de oro (varias fracciones de una onza) pero no deben pasar por alto la condición establecida: la paridad oro estabilizada, que tal vez no se cumpla nunca. El orden monetario de Mundell sería tan impredecible e inestable como el orden keynesiano no adulterado. Es aun más político que el orden keynesiano común, que lleva a una mayor intervención y destrucción.

El orden monetario mundelliano facilitaría la expansión del crédito fiduciario por parte de los bancos comerciales y demás instituciones financieras, tentaría al gobierno a utilizar el sistema para sus propios fines y haría que los funcionarios gubernamentales establecieran y coordinaran las tasas de interés. Una vez que se hubiera lanzado el ciclo económico, recurriría al gobierno para que manipulara la demanda agregada, lo cual destruiría a todos los mercados y llevaría a las actividades económicas a ser aun más inestables. Finalmente, todo aquello que todavía no se hubiera desestabilizado sería totalmente destruido debido a la imposición de controles policiales de precios y salarios. Con todos estos nuevos factores de inestabilidad, quizá sería correcto no esperar también "la paridad oro estabilizada" y la prometida emisión de monedas de oro.

El orden monetario de Mundell sería una fuente ulcerante de conflicto social y político. Dividiría a la sociedad en dos clases sociales antagónicas: los reguladores y los regulados, aquellos que dan las órdenes y aquellos que deben obedecerlas. En los asuntos internacionales, reafirmaría la supremacía de los funcionarios de los Estados Unidos en todos los campos de las finanzas mundiales, y confirmaría el rol servil de todos los demás. El profesor Mundell parece intuir el gran potencial que tiene para crear una lucha internacional, lo cual le lleva a solicitar "una solución imaginativa que involucre a un banco central mundial [...] con activos de alrededor de 1 billón de dólares". Lamentablemente, no nos aconseja respecto de que el billón se emita antes o después de la estabilización del precio del oro; sin duda, como "supply-sider", no querría que los contribuyentes estadounidenses cargaran con este monto.

Arthur B. Laffer

La propuesta del profesor Arthur B. Laffer en favor de la reimplantación de la convertibilidad del dólar es mucho menos exigente, pero más persuasiva. No busca liderar al mundo, sino simplemente instar a los Estados Unidos a que retornen al patrón previo al año 1933. Su obra *Reinstatement of the Dollar: The Blueprint*¹⁰ describe la forma en la cual debe producirse este retorno sin afectar demasiado los mercados financiero y real. Toma en consideración un período de transición que le permite al oro, y no a la economía, efectuar el ajuste inicial inherente a un retorno a un sistema monetario basado en el oro. También toma en cuenta "válvulas de seguridad" que minimizarían las posibilidades de grandes fluctuaciones en el mercado del oro.

Para volver a la convertibilidad del oro, Laffer aconsejaría un período preparatorio de tres meses durante el cual el Sistema de la Reserva Federal y el Tesoro de los Estados Unidos permanecerían totalmente inactivos, de manera tal de no perturbar a los mercados financieros. Al final de este período, el día de la reforma, la Reserva Federal establecería la paridad convirtiendo el precio promedio de las operaciones del oro en el mercado de Londres en el valor oficial del dólar y precio oficial del oro. De allí en más, estaría preparada para vender oro a un precio 0,7 por ciento más alto que el precio oficial, y comprar oro a un precio 0,7 por ciento más bajo que el precio oficial. Con el transcurso del tiempo, la Reserva Federal intentaría establecer una reserva de oro equivalente al 40 por ciento de su pasivo.

La política monetaria de la Reserva Federal se basaría en esta "cantidad de reserva objetivo". Dentro de una franja del 25 por ciento de esta cantidad, la autoridad monetaria gozaría de total discreción para continuar con la política monetaria, para realizar operaciones en el mercado abierto, para descontar documentos válidos e incluso para intervenir en el mercado de cambios; sin embargo, si las reservas reales cayeran por debajo o aumentaran por encima de la franja de la reserva, la discreción que la autoridad tiene sobre la política quedaría eliminada. Los puntos "externos" darían lugar a un mandato para generar respuestas adecuadas de política para restablecer el equilibrio. Si fracasaran todas las medidas de protección de las reservas de oro dejarían de existir todas las disposiciones referentes a la conversión oro-dólar. El patrón se vería temporariamente suspendido y el precio del oro quedaría libre durante un período de ajuste de tres meses.

El programa que presenta Laffer de la convertibilidad del dólar está colmado de conocimientos y sabiduría. Conoce el pasado y, por lo tanto, vislumbra fácilmente una advertencia para el futuro. Espera poder beneficiarse y ganar experiencia de los errores del pasado. Respetuoso de la ley de la Reserva Federal, una parte revolucionaria de la legislación en la historia de las prácticas bancarias en los Estados Unidos, Laffer se dispone a construir un nuevo orden fundado en los antiguos cimientos.

¹⁰ Arthur B. Laffer, *Reinstatement of the Dollar: The Blueprint*, Rolling Hill Estates, California, A. B. Laffer Associates, febrero 29, 1980.

Desafortunadamente, no vuelve a examinar estos cimientos para determinar si descansaban sobre los grandes principios y preceptos de una sociedad libre.

Aquel que tenga la energía suficiente para construir una nueva estructura deberá dar un paso más y tratar de colocar nuevos cimientos. Arthur Laffer está de acuerdo con las antiguas características del Sistema de la Reserva Federal: su control sobre el dinero y la banca, sus privilegios legales que lo convirtieron en un monopolio del dinero con poder de moneda de curso forzoso, y su participación en el servicio de financiación del gobierno. Acepta estas ofensivas características sin cuestionamiento alguno. Esto aparentemente también lo lleva a someterse a las fuerzas ideológicas que, con el transcurso del tiempo, han debilitado, corroído y finalmente destruido el patrón oro. Su programa simplemente ignora el principio de destrucción y vuelve a diseñar la estructura caída. Sin duda, el profesor Laffer haría un bien mayor al enfrentar las fuerzas que al ignorarlas.

Jude Wanniski

El paso hacia la reducción de impuestos y el retorno al oro recibió un gran ímpetu a través de los escritos de Jude Wanniski, antiguo jefe de redacción del Wall Street Journal y fundador de la policonomía. Su libro, generalmente elogiado, *The Way the World Works*,¹¹ alabado por el profesor Arthur Laffer como "el mejor libro sobre economía que jamás se haya escrito", logró influir, de la noche a la mañana, en los pensamientos económicos y sociales contemporáneos. Constituye material de lectura frecuente en las oficinas de ejecutivos de empresas, al igual que en los salones del Congreso.

Los héroes monetarios del Sr. Wanniski son Alexander Hamilton y Nicholas Biddle. Alexander Hamilton, en 1790, le recomendó al Congreso la creación de un banco "nacional" que serviría como banco comercial de gran escala y como órgano financiero del gobierno federal. Nicholas Biddle, como presidente del segundo Banco de los Estados Unidos, nos enseñó cómo dirigir un banco central: "Dejen de emitir dólares cuando la gente aparezca con dólares solicitando oro". La economía siempre tenía exactamente la cantidad correcta de dinero.

La idea de un patrón oro, que no ha cambiado desde que Nicholas Biddle señalara el camino, es proporcionar la cantidad adecuada de dinero requerida con propósito de transacciones, nos informa el Sr. Wanniski. El dinero excedente es llevado al banco y presentado para ser convertido en oro; cuando los individuos solicitan dinero a cambio de oro, se espera que los administradores lo creen.

Esto es muy simple y directo, pero muy misterioso. Generaciones de economistas no lograron ver la sencilla verdad: los administradores de la masa nacional de dinero

¹¹ Jude Wanniski, *The Way the World Works*, New York, Simon & Schuster, 1978.

necesitan simplemente determinar los requisitos de dinero que pueden establecerse fácilmente observando a la gente. Cuando convierten parte de su dinero, esto es señal de excedente; cuando compran dinero en lugar de oro, indica una escasez. ¡El respeto de esta simple regla indudablemente mantendrá la estabilidad financiera y económica, evitará conflictos dolorosos, impedirá contracciones y depresiones y facilitará un crecimiento económico estable!

En realidad, no existe un requisito dado de dinero para transacciones o para cualquier otro fin. Una cantidad dada de dinero puede proporcionar todos los servicios que se supone debe brindar el dinero. Hace aproximadamente 175 años David Ricardo rechazó en forma elocuente el argumento de la necesidad: "Si la cantidad de oro o plata en el mundo empleada como dinero fuera extremadamente pequeña, o demasiado abundante [...] la variación en la cantidad de estos metales no hubiera producido otro efecto más que hacer que las mercancías por las cuales se cambiaban, fueran comparativamente más caras o baratas. La cantidad de dinero más pequeña cumpliría la función de un medio de circulación al igual que lo haría la más grande".¹²

La demanda individual de dinero en cualquier forma siempre depende de las valoraciones, preferencias y elecciones de los individuos que lo poseen. Están pidiendo dinero, u ofreciéndolo según sus juicios de valor. Los individuos reaccionan a las condiciones cambiantes, y ellos mismos cambian. Cuando observan cambios en el gobierno, que pueden ser una señal de dinero fácil y expansión crediticia, pueden reducir sus tenencias de efectivo, cuando esperan una declinación económica y una depresión, quizá las aumenten.

Los individuos pueden reaccionar de maneras diferentes. La gente con una fe inquebrantable en la gestión monetaria del gobierno, quizá mantenga mayores reservas monetarias que aquellos que han perdido la fe en el dinero político. La acción y reacción individuales ante el dinero no pueden medirse ni calcularse, lo cual refuta la idea de una demanda de dinero en un sentido popular.

Sería espurio comparar la demanda de dinero con la demanda, por parte del público, de una piscina comunitaria, cuyo nivel de agua es mantenido constante por atentos administradores que operan las válvulas de suministro; pero aun en el caso de que existiera un "pool" de dinero nacional, no podría convertirse en nada más que papel. Los diarios de hoy (8 de abril de 1985) informan que el "circulante", lo que significa dólares estadounidenses en tenencias de efectivo, suman 179.556 millones de dólares y, la reserva de oro del Tesoro, 11.093 millones. Si la gente se comportara como moléculas de agua en una pileta, sería manejada por administradores del oro, pero no resulta demasiado factible que millones de personas pudieran ser reguladas por una válvula de oro. Por cualquier motivo, o por ningún motivo en absoluto, podrían correr a la agencia de

¹² Piero Sraffa, ed. "The High Price of Bullion". *Works*, Vol. III, Cambridge, Cambridge University Press, 1951, p. 73.

conversión del oro y retirar 11.093 millones de dólares con la misma rapidez con la que los podrían entregar los administradores. El patrón oro del Sr. Wanniski podría durar unas pocas horas.

El Informe de la Reserva Federal sobre la masa monetaria revela M1 en U\$S 569,300 millones, M2 en U\$S 2,42 billones y M3 en U\$S 3,04 billones. Sin duda, los propietarios de esta cantidad de dinero no deben ser ignorados; ellos también merecen el derecho de convertir sus fondos en oro. Para detener su corrida hacia el oro, los administradores quizá quieran elevar su precio de 42,22 dólares por onza, valor al cual lo calcula en la actualidad el Tesoro de los Estados Unidos, a 422,20 o incluso 4.222 dólares por onza. Sin embargo, una reducción de esta naturaleza del noventa o noventa y nueve por ciento del valor oro del dólar no satisfaría ni siquiera remotamente la demanda potencial de oro por parte de los individuos quienes, por una gran variedad de razones, pueden llegar a escapar del dinero del gobierno.

El Sr. Wanniski prefiere no referirse al tema de elecciones y acciones individuales; se preocupa por las ideas holísticas de demanda y oferta nacional de dinero monopólico emitido y manejado por sabios políticos y administradores. Tampoco tiene interés en buscar otra explicación para la depresión y el desempleo más que la tributación. Escribe de manera elocuente y convincente sobre los efectos temibles de los impuestos confiscatorios, pero sorprende a sus lectores con su fe inmovible en el dinero político.

Diputado Jack Kemp

El diputado Jack Kemp es uno de los más eminentes y claros políticos que se declaran en favor de la revitalización económica a través de recortes fiscales, de reducciones en el tamaño y la hegemonía del gobierno, y del retorno al dinero honesto, al patrón oro. Su libro *An American Renaissance: A Strategy for the 1980's*¹³ es una denuncia poderosa de una tributación excesiva y de una inflación galopante. Kemp asevera que el gobierno sería más eficiente y responsable si creara incentivos en lugar de destruirlos a través de la tributación y la regulación. Incluso reduciría los gastos federales excesivos en la red de seguridad de los programas sociales, lo cual no implica la eliminación de esa red que protege a los pobres y débiles; reduciría el número de personas que la necesitan brindando más oportunidades a través de un crecimiento real.

La preocupación del Sr. Kemp con respecto a la inflación lo lleva al patrón oro. Piensa que la estabilización y la reforma deben ser internacionales, debido a que "los Estados Unidos no pueden hacer las cosas solos". Los Estados Unidos, junto con todos sus socios comerciales, deben convocar a una conferencia mundial y reconstruir un orden monetario internacional estable. "Un nuevo acuerdo monetario internacional debe mejorar tomando como experiencia las debilidades que condujeron al desmoronamiento del sistema de Bretton Woods."

¹³ Jack Kemp, *An American Renaissance: A Strategy for the 1980's*, New York, Harper & Row, 1979.

En el orden monetario, a la Kemp, el patrón monetario sirve como "señal de error" para el manejo correcto del dinero de la gente, "con la gente del país con la mano en el interruptor".¹⁴ Cuando el gobierno crea más dinero de lo que la gente necesita para el comercio querrá intercambiarlo por oro. Cuando el gobierno produce una cantidad insuficiente, querrá comprar dólares en lugar de oro. Al fijar el valor del dinero sobre la base del oro, según insiste el Sr. Kemp, "el valor dólar de todas las otras mercancías quedará más o menos fijo".¹⁵

Desafortunadamente, el plan de la reforma Kemp se pierde donde todos los "supply-siders" también se pierden. Convertiría al gobierno en creador y tutor del dinero, le otorgaría privilegios monopólicos y le daría fuerza de moneda de curso forzoso. Recurre al gobierno para que éste maneje el dinero según una regla sobre el precio del oro establecida por el gobierno. Indudablemente, la fe y la confianza le brindan una maravillosa inspiración a su poseedor; pero ya no podemos compartir su fe en un gobierno que nos ha hecho perder la confianza tantas veces.

Un hombre propenso a depender de otros para seguir adelante, espera, en la mayoría de los casos, que los otros lideren. Tal como declara el diputado Kemp, si es cierto que "los Estados Unidos no pueden hacer las cosas solos" y deben esperar a otros, reunidos en una conferencia mundial, el pueblo de los Estados Unidos puede verse condenado a esperar de aquí a la eternidad. Existe un poder trascendental en el liderazgo; los Estados Unidos pueden reformar a otros indicando el camino. Pueden ofrecer un claro ejemplo al mundo dejando a sus ciudadanos en libertad en todos aquellos asuntos pertinentes al dinero y al crédito; para cumplir con este objetivo no se necesitaría ninguna conferencia internacional.

Desafortunadamente, el Sr. Kemp no busca la libertad monetaria; quisiera construir sobre el sistema de Bretton Woods, que fue el resultado de una conferencia celebrada en 1944 por cuarenta y cuatro gobiernos durante la época de la guerra, reunidos en Bretton Woods, New Hampshire, y de una reconstrucción de 1971 por parte de una conferencia internacional celebrada en el Smithsonian Institute, Washington, DC. El sistema de Bretton Woods surgió del deseo del gobierno de poseer más dinero, y murió debido a que el gobierno se dedicó a la creación galopante del dinero. El presidente Nixon simplemente le dio el golpe de gracia cuando suspendió el pago en oro.

5. Defensores del crédito social

Dentro de un marco de presagios ominosos, no puede resultar sorprendente que numerosos escritores estén ejerciendo presiones en pro de una reforma del sistema

¹⁴ *Ibidem*, p. 100.

¹⁵ *Ibidem*, p. 114.

monetario. En nombre y con el pretexto de una reforma, manifiestan sus propuestas que, en la mayoría de los casos, complican más las cosas. En el mundo real la reforma se convierte en deformación, pues al tiempo que se corrige un defecto se puede incurrir en dos errores más. El alcance de las propuestas de reforma va desde un retorno a la moneda fuerte y patrón oro no adulterado, tal como el que tuvo vigencia durante cierta parte del siglo XIX, hasta el establecimiento de un banco central a nivel mundial que cree dinero de vigencia mundial y lo distribuya entre los gobiernos miembros.

Uno de los movimientos reformistas populares tiene su origen en la economía del neopopulismo y se apoya en los cimientos del movimiento populista que floreció antes de fines del siglo pasado. Sus voceros del siglo pasado exigían principalmente la emisión libre e ilimitada de plata y la posesión y operación de todos los servicios ferroviarios, telegráficos y telefónicos por parte del gobierno. El neopopulismo contemporáneo, y en particular su complemento monetario denominado "movimiento del crédito social", es enormemente popular entre los conservadores. Docenas de grupos de derecha están promoviendo nuevas versiones de antiguas causas: emisión libre e ilimitada de papel moneda y posesión de todas las instituciones bancarias y monetarias por parte del gobierno. Todos ellos se hacen eco del viejo odio populista hacia la "conspiración bancaria internacional" (la que frecuentemente pasa a ser la "conspiración bancaria judía internacional").

Muchos grupos de derecha se han enamorado de las ideas que sustenta el crédito social, promueven y publican obras y panfletos escritos por autores tales como Wickliffe B. Vennard, H. S. Kenan, el diputado McFadden, Whitney Slocum, el alcalde Douglas, Frederick Soddy, R. McNair Wilson, A. N. Field, Gertrude Coogan y, principalmente, el padre Charles Coughlin. Es bien sabido que varios políticos conservadores apoyan el neopopulismo del crédito social. Algunos defensores del crédito social están tratando de convertir a su prédica en la única verdaderamente "cristiana".¹⁶

Wickliffe B. Vennard, de Houston, Texas, es un eficiente vocero de este movimiento. Se apoya en los principios básicos del gobierno constitucional y promueve una reforma monetaria que se origina a partir del inflacionismo radical. Su ejecución no podría tener otro efecto más que la completa destrucción de la moneda norteamericana y del sistema crediticio.

El objetivo primordial de la propuesta de Vennard, presentada como una "resolución conjunta" ante las legislaturas estatales, es la nacionalización del Sistema de la Reserva Federal. Él prefería que el gobierno federal fuera, legal o formalmente, el propietario del Sistema pero, a pesar de todas las disputas y la ira que despertó el tema de la propiedad, el objetivo es bastante vacío y carente de significado. Esencialmente, el Sistema de la Reserva Federal ya es el brazo monetario nacionalizado del gobierno federal. Es cierto que la ley de la Reserva Federal de 1913 asignó el "stock" del Sistema a los bancos

¹⁶ Gary North, *An Introduction to Christian Economics*, Nutley, New Jersey, The Craig Press, 1973, pp. 124-161.

miembros pero este "stock" no otorga derecho de propiedad ni control sobre las políticas; los siete miembros del cuerpo administrativo, el directorio, son designados por el presidente de los Estados Unidos con acuerdo del senado. Desde la implantación del Sistema, en el año 1914, hasta la fecha, han manejado las políticas monetarias y crediticias de acuerdo con los deseos del Congreso y, en especial, del titular del poder ejecutivo, el presidente de los Estados Unidos.

Aun cuando aceptáramos la incorporación formal del sistema monetario y crediticio de la Reserva Federal al Tesoro de los Estados Unidos, sobre la base de que esa formalidad no provocaría cambios sustanciales, debemos oponernos enérgicamente a la inflación galopante a la que nos sometería el sistema vennardiano. Los defensores del crédito social abolirían los pagos de intereses sobre la deuda nacional. Una y otra vez insisten en que su sistema monetario le habría ahorrado a los contribuyentes cientos de miles de millones de dólares en intereses y en que ahora les haría ahorrar más de 130.000 millones de dólares por año.

Es evidente que los defensores del crédito social no están conscientes de cuáles son los principios básicos del dinero y el interés. Cancelar pagos de intereses sobre cualquier deuda, sea ésta gubernamental o privada, es destruir su valor y los ahorros de sus titulares. La deuda federal, que asciende a alrededor de 1,738 billones de dólares (3 de abril de 1985) pertenece a millones de personas que invirtieron sus ahorros en letras de tesorería, billetes y títulos; depositaron su dinero en bancos comerciales y asociaciones de ahorro y préstamos, adquirieron sus seguros en compañías de seguros, abrieron cuentas con agentes y corredores, en instituciones sin fines de lucro y cajas de jubilaciones, los que a su vez prestaron los fondos al gobierno de los Estados Unidos. Cancelar el pago de intereses sobre esta deuda es destruir su valor, llevar a la quiebra a la mayoría de sus titulares y negar cualquier crédito futuro al deudor incobrable, el gobierno de los Estados Unidos. Produciría una depresión instantánea, cuya envergadura sería imposible de imaginar.

Es probable que los titulares de los instrumentos de crédito que no obtienen retornos deseen cancelar sus títulos de crédito. Los propietarios de 1,7 billones de dólares en obligaciones federales pueden exigir el reembolso inmediato, requerimiento éste que los defensores del crédito social probablemente satisfagan con nuevo efectivo proveniente de la máquina de imprimir federal. De hecho, en un panfleto preparado por Wickliffe B. Vennard y distribuido por el partido de la constitución, se nos informa sobre los beneficios de una "moneda libre de intereses". De acuerdo con Vennard, "si se hubiese utilizado la moneda libre de intereses, tal como la defendiera el presidente Jackson y como la utilizara constitucionalmente el presidente Lincoln, en lugar de tomar préstamos a interés, el Tesoro de los Estados Unidos tendría un efectivo en caja de 41.000 millones de dólares *sin deuda alguna*".

Es difícil imaginar cómo alguien puede tan descuidadamente ignorar los efectos de la inflación galopante. ¿Realmente creen los defensores del crédito social que el déficit que

ha experimentado el gobierno de los Estados Unidos durante los últimos setenta años, las dos guerras mundiales, las guerras de Vietnam y Corea y la sociedad de transferencia de Kennedy a Reagan, deberían haber sido cubiertos por un monto igual de flamante efectivo proveniente de la máquina de imprimir del Tesoro de los Estados Unidos? El estudiante de primer año de economía aprende que los factores más importantes en la valoración de cualquier bien económico son su utilidad y su escasez. Emitir otros 1,7 billones de dólares en billetes del Tesoro o billetes de la Reserva Federal y obligar a la gente a aceptarlos seguramente reduciría su valor. ¿Es posible que los defensores del crédito social no sean conscientes de este principio por demás básico de la economía?

Cuando el gobierno federal gasta más de lo que recibe no tiene otra alternativa que elevar sus impuestos o pedir prestados los fondos que desea a quienes los han ahorrado. Cuando el gobierno toma en préstamo estos fondos, debe pagar para poder usarlos porque la gente no está dispuesta a prestar sus ahorros al gobierno o a cualquier otro prestatario comercial si no recibe intereses a cambio.

Cuando el gobierno aumenta sus impuestos para cubrir un déficit, priva a los contribuyentes de los verdaderos bienes y servicios; lo mismo sucede cuando recurre a la expansión monetaria, es decir, la inflación, que representa un impuesto para todos los tenedores de dinero. Reduce el ingreso y el patrimonio de todos los propietarios de dinero y de títulos convertibles en dinero, mientras mejora el poder adquisitivo del emisor del dinero, el gobierno federal. Es un impuesto engañoso y cruel pues silenciosamente reduce el poder adquisitivo de millones de personas que perciben un ingreso fijo, jubilados, pensionados y otros ahorristas que son dueños del dinero y de certificados de depósito. Engendra un radicalismo político y económico entre sus millones de víctimas y destruye la fibra moral de la sociedad. En definitiva, la inflación galopante los empobrece a todos pues debilita la división social del trabajo y consume el capital económico.

Tampoco resulta sorprendente que las doctrinas del crédito social, tan hostiles a la propiedad privada y la inversión individual, estén también imbuidas de antisemitismo. De acuerdo con Vennard, entre los movimientos internacionales que buscan obtener el control del mundo, "el sionismo es el padre de todos ellos y tiene control absoluto sobre estos otros movimientos, independientemente del hecho de que éstos se percaten de ello o no".¹⁷ También afirma: "Nuestro enemigo estaba y está dentro de los sionistas internacionales que manejan nuestros buques desde Wall Street por medio del control del dinero". Éstas son las doctrinas del estatismo radical, ingenuas y al mismo tiempo tan nocivas. La libertad individual tiene un sonido diferente.

Los patrióticos defensores del crédito social, imbuidos del autor a la libertad y de los valores de la civilización occidental, deberían volver a evaluar su pensamiento económico si descubren que se hallan totalmente de acuerdo con el más firme enemigo de sus valores, es decir, con un agente de la Unión Soviética. Deberían horrorizarse de sí

¹⁷ Wickliffe B, Vennard, *The Federal Reserve Hoax*, séptima edición, Boston, Meador Publishing Co., 1959, p. 119.

mismos al escucharse repetir el dogma comunista y su línea ideológica; a menos que se haya producido un cambio en el agente, ellos habrán abrazado el dogma comunista. Muchos defensores del crédito social son claros en su defensa de los valores e instituciones estadounidenses; sin embargo, puede demostrarse, más allá de cualquier duda razonable, que algunas de sus proclamas se asemejan mucho a las lecturas de un libro de texto soviético. En particular puede demostrarse que las doctrinas marxistas sobre la banca y el dinero han invadido el pensamiento norteamericano y dominado la doctrina del crédito social.

En *The Fundamentals of Marxist Political Economy*,¹⁸ de L. Leontyev, publicado en Moscú, se describe a la banca de los Estados Unidos en un lenguaje familiar:

Algunos de los bancos más importantes han alcanzado el éxito, tal como ocurrió con la industria. Estos bancos acumularon enormes recursos monetarios. En cada uno de los principales países capitalistas, tres, cuatro o cinco bancos importantes llegaron a dominar a todo el sistema bancario. Los otros bancos quedaron totalmente subordinados a estos gigantes. El enorme capital acumulado en los bancos se invirtió en la industria. Ésta es la manera en la cual aquellos se convirtieron en copropietarios de empresas industriales y comenzaron a tener voz en sus asuntos.

Los bancos más grandes empezaron a estar íntimamente relacionados con asociaciones monopólicas de la industria. Por lo general, los mismos magnates dirigen los grandes bancos y los monopolios industriales. El capital de la banca y la industria se fusiona y forma el capital financiero. Ésta es la razón por la cual al imperialismo también se lo conoce como la era del capital financiero.

En cada país capitalista, las posiciones clave de toda la vida económica se concentran en manos de unos pocos de los más ricos monopolistas industriales y banqueros. Ellos disponen de un capital tremendo y lo manejan en los más grandes bancos y corporaciones industriales. Los enormes beneficios resultado del trabajo de millones de trabajadores fluyen hacia sus insondables cajas fuertes. Y quien dirige la vida económica, dirige a todo el país. El destino de cualquier país capitalista está en manos de unos pocos de los más grandes monopolistas industriales y financieros, la omnipotente oligarquía financiera.

Cuando los autores marxistas describen el destino de los industriales norteamericanos se asemejan mucho a los escritores estadounidenses contemporáneos. La descripción que Leontyev hace sobre la riqueza de Rockefeller y Morgan parece un capítulo extraído de cualquier libro de texto norteamericano:

Los Rockefeller son antiguos reyes. Son propietarios de yacimientos petrolíferos en los Estados Unidos, Venezuela, Irán y los Países Árabes Orientales. Son amos y señores de varias corporaciones mineras, bancos, ferrocarriles, compañías de

¹⁸ L. Leontyev, *The Fundamentals of Marxist Political Economy*, Moscú, U.R.S.S., 1965.

seguros y de muchas otras empresas. El control de los Rockefeller se extiende a empresas que tienen un valor total que excede los 60.000 millones de dólares.

La poderosa casa de los Morgan es rival de los Rockefeller. Ellos son los reyes del acero. Sus posesiones se extienden a bancos y compañías de seguros, ferrocarriles, empresas de servicios públicos y muchas otras corporaciones. La riqueza que controla la casa de los Morgan supera los 65.000 millones de dólares.

Los Rockefeller y los Morgan son los más grandes grupos financieros de los Estados Unidos. Junto con otros seis grupos financieros ellos controlan la banca, la industria, los seguros, los ferrocarriles y otras áreas valuadas en más de 218.000 millones de dólares. Esto representa más de una cuarta parte de los recursos con los que cuentan todas las empresas de los Estados Unidos.¹⁹

En su obra *Imperialism, the Highest Stage of Capitalism*, V. I. Lenin, el revolucionario ruso y primer premier de la Unión Soviética, describe de esta forma a la banca capitalista:

El capital financiero, concentrado en unas pocas manos y ejerciendo un virtual monopolio, extrae enormes y crecientes ganancias de la creación de empresas, de la emisión de capital accionario, préstamos estaduales, etc., fortalece el dominio de la oligarquía financiera y tributa a la sociedad en su totalidad para beneficio de los monopolistas.²⁰

En su ensayo de 1917, *The Proletariat and the Party on the Road to October*, Lenin prometió la rápida nacionalización de todos los bancos en el caso de que asumieran los comunistas. "Lo que propusimos, lo que todos hemos propuesto, no ha sido otra cosa que el inmediato establecimiento de un control sobre los trusts, la banca, el comercio, los parásitos y sobre los alimentos."²¹

Y finalmente, Karl Marx, el padre ideológico de todos ellos, recomendó el establecimiento de un banco central en el Punto Cinco de su *Manifiesto Comunista*, publicado por primera vez en 1848. Se iba a implementar el estado comunista a través de medidas del gobierno que lograrán la "centralización del crédito en manos del gobierno federal por medio de un banco central con capital del gobierno y un monopolio exclusivo".

Muestra de la increíble confusión que reina entre muchos norteamericanos, y especialmente entre los defensores del crédito social, es el hecho de que se hagan eco de la doctrina marxista-leninista al mismo tiempo que dicen defender los valores norteamericanos. Denuncian las grandes fortunas de nuestros eminentes industriales y negligentemente ignoran que estas fortunas están compuestas por el capital productivo

¹⁹ L, Leontyev, op. cit., p. 78.

²⁰ V. I. Lenin, *Selected Works*, New York, International Publishers, 1960, tomo V, p. 47.

²¹ *Ibidem*, tomo VI, p. 142.

empleado para servir a millones de consumidores, el cual es manejado más eficientemente por sus dueños que por políticos y burócratas. Atacan a nuestros banqueros y agentes de bolsa pero no son en absoluto conscientes de la enorme importancia que tienen los mercados de capital libres, los cuales canalizan los ahorros de la gente hacia los usos más productivos en lugar de dirigirlos hacia los políticos y burócratas. Reclaman la centralización de la moneda y el crédito en manos de un banco central de propiedad del estado aunque esa centralización constituye la piedra angular de un sistema de mando.

III

Fin del monopolio del dinero

Para facilitar la cooperación comercial y social, las sociedades necesitan un medio de cambio confiable y honesto. Ésta es la razón por la cual, desde los comienzos de la humanidad, han intentado hallar ese medio entre una amplia variedad de bienes económicos, que van desde el ganado y el cereal hasta la pólvora y los proyectiles. Cuando el oro y la plata demostraron ser más comercializables, ellas buscaron estandarizar las monedas por razones de conveniencia y orden. Desafortunadamente, la búsqueda del orden trajo aparejado al amo político quien, ante la urgente necesidad de contar con ingresos, se apoderó de la casa de la moneda y la convirtió en una importante fuente de renta.

La historia de la sociedad occidental registra la larga lucha entablada entre el individuo que anhela ser libre y el amo político que insiste en la soberanía y el orden. La lucha por el dinero debe ser interpretada como parte integral de esta ominosa confrontación. Cuando la gente busca la libertad, la autodeterminación y el autogobierno, busca recuperar su libertad en relación con el dinero o, al menos, intenta forzar al gobierno a ser honesto en cuestiones monetarias. Puede llevarlo a adoptar un patrón oro o plata no adulterado.

Los economistas clásicos dieron al mundo una nueva perspectiva de la vida económica e introdujeron una nueva era de libertad y empresa individuales. Lograron impartir la honestidad en los asuntos económicos pero, desgraciadamente, no pudieron eliminar en su totalidad al gobierno de lo que es el manejo del dinero de la gente. En retrospectiva, los economistas clásicos demostraron ser ingenuos en lo que hace a su confianza hacia los políticos. Consideraron los costos de una moneda metálica -el patrón oro moneda- como una pérdida que, según se decía, el patrón oro lingote podría reducir. Descuidadamente supusieron que ningún gobierno de una nación civilizada explotaría ese patrón con propósitos inflacionarios.

David Ricardo, quizás el más influyente de los economistas ingleses del siglo XIX, depositó su confianza en las manos de comisionados que, al no ser "removibles de su

cargo oficial excepto por el voto de una o de ambas cámaras del parlamento" emitirían papel moneda. "Se designarán cinco comisionados en quienes se depositará, de manera exclusiva, todo el poder relativo a la emisión de papel moneda en el país."²²

Muchos economistas contemporáneos todavía se hacen eco de esta línea de pensamiento tan particular. Si bien podemos llegar a comprender la ingenuidad de los economistas clásicos, quienes nunca habían experimentado hiperinflaciones y devaluaciones en Inglaterra, a los economistas modernos no se los puede disculpar con la misma facilidad. Deberían ser conscientes de la advertencia formulada por William Graham Sumner, el gran economista de Yale perteneciente a la era anterior a la de la Reserva Federal:

Se ha propuesto y probado programa tras programa para entender la ganancia que se creía que el dinero barato podía producir para el público, es decir, para aquellos que compran y usan la moneda. Se ha perseguido esta ganancia del mismo modo que los alquimistas perseguían la piedra filosofal, por medio de pruebas y fracasos. Sea que exista o no esa ganancia, nuestros intentos de obtenerla han fracasado todos y nos han costado, en cada generación, más de lo que una divisa en especie habría costado si cada generación hubiese tenido que comprarla nuevamente [...]. Los cambios bruscos a los que estuvo sometido el sistema nos abrumaron década tras década. Las nociones en las cuales se basaba el sistema demostraron ser ilusiones, que resultaron desastrosas para todos los que estuvieron involucrados, incluyendo a quienes intentaron obtener de ellas ventajas económicas.²³

El regreso a la moneda fuerte significa un retorno a la moneda libre, libre de todas las infracciones cometidas por políticos y burócratas. La libertad monetaria, al igual que todas las otras libertades económicas, despeja el camino que lleva a la energía, el intelecto y la virtud. Sin embargo, resulta desafortunado el hecho de que la mayoría de los estadounidenses ya no busquen la libertad; están entregando sus derechos inalienables a los políticos y funcionarios del gobierno que prometen bienestar y seguridad.

Puede ser una máxima de la economía que el gobierno, qué es el aparato político de la coerción, no pueda mejorar las condiciones económicas entorpeciendo los esfuerzos productivos. El control político debilita la confianza en uno mismo y la energía individual, provoca privaciones y pobreza y, en definitiva, engendra la tiranía y la opresión. En cuestiones de dinero y banca, el control político conduce a la creación de derechos monopólicos por parte del gobierno, en particular a la creación de un banco central con poderes para emitir moneda de curso forzoso y con privilegios monopólicos. Da lugar a un monopolio bancario y monetario que descansa en la legislación, la jurisdicción y la aplicación policial. Es evidente que este monopolio difiere sustancial y

²² David Ricardo, "Plan for the Establishment of a National Bank", *Works*, tomo IV, ed. Piero Sraffa, Cambridge University Press, 1951, p. 285.

²³ William Graham Sumner, "History of Banking in the U.S.". *The Journal of Commerce and Commercial Bulletin*, 1896, p. 472.

diametralmente del monopolio ficticio descrito por los escritores marxistas. El primero descansa en el poder brutal de la policía; el segundo es el resultado de la fértil imaginación de los escritores marxistas que muy poco saben sobre el orden de la propiedad privada.

6. El patrón oro

El patrón oro, en su sentido más amplio, es un sistema monetario que utiliza el oro como principal medio de cambio. Fue el patrón monetario del mundo occidental durante siglos, desde la época de Filipo II de Macedonia en el siglo IV a.C. hasta los Estados Unidos del siglo XX. Resultó de capital importancia para los imperios árabe y bizantino y para las grandes repúblicas comerciales de Italia durante el siglo XIII y de allí en adelante.

En un sentido más estricto, el patrón es un sistema de moneda de curso forzoso en el cual el gobierno convierte a un peso fijo de oro en la unidad monetaria habitual. Bajo este patrón, el dólar estadounidense constituyó un trozo de oro de un cierto peso y pureza, de acuñamiento libre, fusión libre y movimiento libre. Fue un *patrón oro moneda* que hizo que las monedas de oro fueran parte de las tenencias de efectivo de la gente, junto con los billetes bancarios, los cheques y las monedas sueltas. Todos ellos fueron sustitutos del dinero, pagaderos a la vista en monedas de oro.

Las virtudes del patrón oro clásico fueron dos:

1. Limitó el poder del gobierno para inflar la masa monetaria y, de este modo, depreciar el poder adquisitivo. La oferta de oro siguió sin tener relación con las necesidades del gobierno y las presuntas necesidades de la actividad económica. En lugar de ello, dependía del costo de la extracción, refinación y procesamiento, lo cual limitó con eficacia la cantidad de oro recién extraído que llegaba al mercado.
2. El patrón oro clásico unió al mundo a través de un único sistema monetario, facilitando la división del trabajo a nivel mundial y el crecimiento de la economía en todo el mundo. Con monedas nacionales que representaban cantidades fijas de oro, brindó seguridad y estabilidad a los tipos de cambio. Creó mercados de capital internacionales y alentó la exportación de capital europeo a todos los rincones del mundo, llevando el desarrollo económico a muchas áreas subdesarrolladas.

Mutilación y destrucción

El deterioro del patrón oro se produjo cuando, a principios de este siglo, los gobiernos comenzaron a restringir el uso real del oro y a atesorarlo en sus erarios o bancos centrales. Gradualmente establecieron el patrón lingote, el cual introdujo a la gente en lo que es el papel moneda. Las monedas de oro fueron retiradas de las tenencias de efectivo

y reemplazadas por la moneda nacional, que ya no podía ser convertible en monedas de oro sino sólo en grandes y costosas barras de oro. En realidad lo que logró el patrón oro lingote fue impedir que la mayor parte de la gente pudiera convertir, y esto quedó limitado a unos pocos especialistas del comercio y las finanzas internacionales. Durante las primeras décadas de este siglo muchos países tuvieron patrones de este tipo.

El sistema del patrón oro se vio posteriormente debilitado por el advenimiento del patrón de cambio oro. Algunos gobiernos Prefirieron mantener las reservas de oro de su país en los títulos extranjeros convertibles en oro más que en verdadero oro. Compraban y vendían monedas extranjeras que seguían siendo convertibles en monedas de oro o lingotes de oro a tasas que reflejaban la paridad legal. De esta forma, algunos bancos centrales acumularon el oro monetario del mundo y se convirtieron en los bancos de reserva del mundo.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el Banco de Inglaterra y el Sistema de la Reserva Federal de los Estados Unidos controlaban la mayor parte de las reservas monetarias del mundo. Más de sesenta naciones mantenían sus reservas en títulos en libras esterlinas convertibles en oro, formando el área de la libra esterlina. Unas veinte naciones, principalmente de América latina, pertenecían al área del dólar; sin embargo, el Banco de Inglaterra mantenía la mayor parte de sus reservas en títulos en dólares convertibles en oro. Esto convirtió al Sistema de la Reserva Federal en el

: ^ öó

: ; _ ` G

0J 0J 5 >* CJ \

E F ^ ú ã ã ã
ó ô ô ô ô ô ô
ô ô ô ô ô ô ô

p

\$ a\$

\$ a\$

\$ a\$

^

°à=!°¥ "°¥ # %° \$ %° %° , l h °D/
°Ä °Ä

Ä

i

8 @ñÿ 8

N o r m a l

CJ _H aJ mH

sH

tH

< A@öy; <

D e f a u l t
F o n t

„ e@ ò „

P a r a g r a p h

H T M L P r e f o r m a t t e d 7
Æ2 " (¼ P

ä x

4
È#\`ð*,, 2-5@9
F g@ç F

CJ OJ PJ QJ ^J aJ

^ ~ æ 0 ~ 0 ~ 0 ~ 0 ~ 0 ~ 0 ~ 0 ~ 0 ~
x J M Ñ Ô ù ý Æ Ì ù i v Ì^s Ú
... Œ « ?
F
ø

ÿ

Ū Ÿ

U \ (+

Ó Ö

ÿÿ E S E A D E A : \ L a

A r g e n t i n a mitirse de generación en generación como objeto del patrimonio familiar. No existe otro bien económico más comercializable que el oro.

El oro es una mercancía abundante, acumulada durante más de dos milenios, que no resulta esencial para el consumo y que, por lo tanto, puede servir como moneda. Las reservas existentes, en forma de monedas, joyas o baños de revestimiento, son mucho mayores que la producción o el consumo anuales; esto hace que la cantidad de oro que se va agregando anualmente a través de nuevas extracciones resulte poco significativa. Esta característica del oro, que lo hace diferente de todos los otros metales, elimina el riesgo de cambios súbitos en la cantidad, lo cual afectaría su valor.

Los gobiernos, a través de los siglos, han buscado acumular oro en sus tesoros porque era sinónimo de riqueza y poder. Sin embargo, su utilización como medio de cambio ha hecho que se difundiera con el paso del tiempo. Por el contrario, el platino, el paladio y otros metales preciosos, son metales industriales que están en manos de comerciantes y productores, lo cual limita su grado de comercialización y desalienta su uso como moneda. Ni siquiera la plata puede competir con el oro en lo que hace a su eficacia porque su producción actual, que guarda relación con sus existencias visibles, es grande y expone su valor a súbitos cambios en lo que hace a cantidad. Ningún otro metal tiene reservas tan grandes y una producción actual tan pequeña como el oro. Ninguna otra mercancía disfruta de una aceptación y una comercialización tan universales. Es ingenuo creer que el dinero inconvertible basado en la deuda de los gobiernos con moneda de curso forzoso podría llegar a adquirir la comercialización universal del oro y ocupar su lugar.

No fue necesario que nadie hiciera funcionar el patrón oro como sistema internacional; evolucionó sin tratados ni instituciones intergubernamentales. Cuando los países dedicados al comercio adoptaron el oro como divisa propia, el mundo contó con una moneda internacional. Es cierto que las monedas tuvieron diferentes nombres, diferentes pesos, pero esto no tuvo importancia siempre que estuvieran hechas de oro y pudieran ser libremente cambiabiles. Una onza de oro es una onza de oro, aunque se trate de guineas, libras esterlinas o águilas.

Un patrón internacional

El patrón oro fue un patrón mundial que facilitó el comercio y la inversión internacionales. Alentó a los países a que se especializaran en la producción de aquellos bienes que les brindaban mayores ventajas y, de esta manera, mejoró la productividad del trabajo y el nivel de vida. Además, permitió y alentó la exportación de capital desde los países industrializados a las áreas subdesarrolladas, de Londres y París a New York y Buenos Aires. En búsqueda de rentables oportunidades de empleo en todos los continentes, el capital europeo construyó el comercio y la industria y, por ese medio,

mejoró las condiciones de vida de los pueblos a nivel mundial.

Los países sujetos al patrón oro no experimentaron problemas en su balanza de pagos, ni escasez de moneda, como tampoco crisis monetarias. Los tipos de cambio de los billetes bancarios, letras de cambio y aceptaciones, se movían entre dos puntos definidos, el punto de importación del oro y el punto de exportación, los cuales eran determinados por los costos del transporte y la entrega del oro. Cuando el uso del oro resultó más barato que la moneda extranjera, los deudores prefirieron embarcar oro en lugar de giros y aceptaciones para saldar una deuda en el exterior. El oro se introducía en un país cuando los deudores del exterior preferían embarcar oro a comprar divisas. Ellos preferían embarcar oro si su propia moneda estaba sufriendo los efectos de la inflación y la devaluación o si el oro en sí llegaba al mercado proveniente de una nueva explotación.

La producción de oro que acompañó a su hallazgo en California (1849) fue probablemente la más grande que el mundo había presenciado hasta ese momento, lo que hizo que los Estados Unidos sufrieran grandes exportaciones de oro. Durante las décadas de 1850 y 1860, grandes cantidades de oro de California entraron en los mercados y cantidades aun mayores de dólares reemplazaron al oro. Las razones que provocaron ese flujo de salida del oro fueron bien comprendidas: las crecientes cantidades de dinero en tenencias de efectivo individuales.

Bajo el patrón oro, los bancos comerciales y los bancos centrales mantenían sus monedas a la par con el oro y con la moneda extranjera a través de una convertibilidad incondicional. A la tasa de paridad compraban cualquier monto de oro contra billetes bancarios locales y depósitos en divisas. Vendían sin discriminación a la tasa de paridad. De esta forma, el patrón oro proporcionó monedas nacionales confiables que fueron simples sustitutos en dinero del medio mundialmente utilizado: el oro.

Creación de la libertad

Puede esperarse que la libertad monetaria dé origen al patrón oro y a la acuñación privada de oro. Desde la época colonial y hasta mediados del siglo XIX, los estadounidenses utilizaron monedas de oro descubiertas por casas privadas de la moneda. El chelín Chalmers, emitido por un herrero de Annapolis, Maryland, en 1783, fue libremente utilizado por los padres fundadores. Las piezas de diez dólares acuñadas en 1830 y posteriormente por la Casa de la Moneda Templeton Reid de Georgia, y que contenían un valor en oro de U\$S 10,06, circularon enormemente en todo el sur. Otra casa de la moneda ubicada en Rutherfordton, Carolina del Norte, emitió aproximadamente U\$S 2,2 millones en monedas de oro. De hecho, un informe de la Casa de la Moneda de los Estados Unidos de 1851 habla de veintisiete tipos diferentes de monedas de oro acuñadas por quince casas privadas de la moneda. Este número hasta aumentó posteriormente, cuando numerosas casas de moneda privadas de California emitieron finas monedas de oro que llevaban el nombre del fabricante. Las operaciones comerciales se realizaban en estas monedas, las cuales también servían para convertir sustitutos del dinero, tales como

billetes bancarios y depósitos. La convertibilidad a la vista las mantuvo en paridad con el oro.

En libertad, el patrón oro es un patrón oro moneda que es totalmente independiente del gobierno. Es cierto que no puede alcanzar el inasequible ideal de una moneda absolutamente estable. No existe tal cosa como la estabilidad y la invariabilidad del poder adquisitivo, pero el patrón oro protege al sistema monetario de la influencia de los gobiernos, pues la cantidad de oro es enteramente independiente de los deseos y las manipulaciones de los funcionarios del gobierno y los políticos, de los partidos y grupos de presión. No hay "reglas de juego", no hay reglas arbitrarias que la gente debe aprender a obedecer. Es una institución social que está controlada por la inexorable ley económica.

Los emisores de sustitutos del dinero, ya sea públicos o privados, mantuvieron sus monedas en paridad con el oro a través de la convertibilidad incondicional. Un banco que emite billetes compra una cierta cantidad de oro contra su moneda o sus depósitos a la tasa de paridad y vende indiscriminadamente y a la vista cualquier cantidad de oro contra sus billetes o depósitos. Por ese medio no presta ningún servicio a la nación ni "defiende" ni "protege" su moneda. Simplemente cumple con el contrato que celebró cuando emitió los sustitutos del dinero.

Bajo el patrón oro moneda las políticas inflacionarias no se consideran imposibles pero sí difíciles. Las demandas de convertibilidad y la amenaza de una fuga de sus reservas de oro frenarían la expansión inflacionaria prevista por los emisores de sustitutos del dinero. Esa expansión alarmaría a los propietarios de esos sustitutos y haría que éstos exigieran la convertibilidad en monedas de oro, lo cual arruinaría al emisor.

7. Más allá del patrón oro

La era de la inflación está arraigada en la ilusión, promete empleo y crecimiento, ingresos y riqueza con sólo dar otra vuelta a la máquina de imprimir. Concluirá cuando retornemos a las explicaciones que son ciertas aunque no sean agradables. Ese día llegará cuando el pueblo estadounidense se canse de los auges y los fracasos, de las depreciaciones y las devaluaciones. En ese momento prestarán atención a esta historia del oro, y se verán profundamente confundidos por la gran cantidad de variedades de patrones y de propuestas.

La mayoría de las recomendaciones de reforma son vagas en sus objetivos. Esa vaguedad otorga un cierto atractivo y fuerza al movimiento del oro, el cual concentra su atención más en las fallas del actual orden monetario que en las características concretas de un patrón oro. Pocas propuestas son claras en sus objetivos y en las medidas a tomarse pero, sean vagas o claras, casi todas ellas recurren al gobierno federal para que conduzca una reforma y sancione un nuevo orden monetario basado en el oro.

La mayoría de los defensores de la reforma quisieran restablecer el patrón oro, tal como

existió en un momento dado de la historia. Algunos querrían regresar al patrón oro moneda de la época anterior a la de la Reserva Federal, cuando el dólar oro constituyó la unidad monetaria básica y las reservas en oro del Tesoro fueron el pilar del sistema monetario. Algunos querrían hacernos retornar al patrón de la década del veinte, en la cual el nuevo sistema de la Reserva Federal buscaba manejar y neutralizar el oro proveniente del exterior emitiendo certificados en oro en lugar de billetes de reserva. Otros intentarían restablecer el patrón de la década del treinta, en la cual el directorio de la Reserva Federal recibía gran control sobre los créditos de los bancos miembros y centralizaba la autoridad y la responsabilidad dentro del sistema. Algunos otros se contentarían con regresar al sistema de Bretton Woods, el cual convirtió al dólar de los Estados Unidos en el pivote principal de las monedas nacionales y lo basó en el oro.

Pocos economistas están ansiosos por intentar un nuevo terreno y moverse hacia un nuevo orden monetario basado en el oro. A su vez, ellos sustentan una gran variedad de opiniones sobre la adecuada relación existente entre la cantidad de dinero y la cantidad de oro. En uno de los extremos, algunos favorecen un patrón del cien por ciento con una relación de uno a uno rígida. En el otro extremo, algunos vislumbran una pequeña reserva fraccionada de oro y una relación flexible manejada por las autoridades monetarias.

Algunos están en favor del patrón oro para evitar la gestión monetaria, otros lo desean como guía para los administradores. Algunos apoyan el uso de las monedas de oro, otros estarán satisfechos con la convertibilidad oro lingote. Algunos impondrían encajes efectivos en los bancos, otros no los someterían a ninguna condición especial. Algunos limitarían o incluso prohibirían la emisión de dinero por parte del gobierno, otros no le impondrían al gobierno ningún límite en especial. Sin embargo, todos están de acuerdo en que el emisor debe ser honesto, debe cumplir con su compromiso de pagar una cierta cantidad de oro. No deberá "devaluar" su obligación, el contenido en oro de su dinero debe ser puro.

Uno de los pensadores monetarios más sagaces es el Premio Nobel F. A. Hayek. Desde su temprana aceptación de la moneda de curso forzoso y su pronto consentimiento de una banca central, ahora propone una "desnacionalización" del dinero. Dentro de la tradición clásica de Adam Smith, él sostiene que el monopolio del dinero en manos del gobierno está desestabilizando la vida económica y está engendrando inflación. Le está permitiendo al gobierno que infle sus propios gastos y genere ciclos económicos. Tratando de sacar el dinero de la esfera de la política, Hayek busca la solución en el interés propio de las asociaciones monetarias que sufrirían una repercusión económica si no pudieran brindar medios de cambio satisfactorios. Se trata de una propuesta revolucionaria que reemplazaría al control del dinero que ejerce el gobierno por la libertad de elección y al banco central por emisores privados que competirían en el mercado.

Hayek encuentra serias fallas en el patrón oro y, a pesar de ello, logra defenderlo. "Aunque el oro es un ancla", sostiene, "y cualquier ancla es mejor que el dinero dejado a

discreción del gobierno, es un ancla muy inconstante. Es seguro que no podría soportar la tensión si la mayoría de los países trataran de operar sus propios patrones oro. Lo que ocurre es que no existe oro en cantidad suficiente." Más adelante habla en favor del patrón oro en ciertas condiciones. "Todavía creo que, en tanto la gestión monetaria esté en manos del gobierno, el patrón oro con todas sus imperfecciones es el único sistema seguro tolerable. No me caben dudas de que podemos conseguir algo mejor que esto, aunque no a través del gobierno."²⁴

Lo que Hayek tiene en mente es un patrón que se mantiene constante, aunque no es fijo, a través de la competencia entre los emisores privados quienes, desde el principio, anunciarían el conjunto de precios de las mercancías en función de los cuales mantendrían sus monedas constantes. En los mercados internacionales de dinero, algunos pocos bancos emisores de billetes "podrían continuar tratando de refinar la composición exacta de la 'canasta' de mercancías cuyo precio trataban de mantener constante en su divisa".²⁵ El profesor Hayek evidentemente está construyendo su sistema monetario "concurrente" sobre su "moneda de reserva mercancía" de los primeros años.

Joe Cobb y James U. Blanchard III, quienes son las fuerzas impulsoras de la *Choice in Currency Commission* de los Estados Unidos, justifican su pensamiento en el deseo de una competencia en el dinero y la banca. Ellos sostienen que la competencia en los servicios financieros y la desregulación de la banca están avanzando rápidamente pero ahora debemos proseguir con la próxima fase: un medio ambiente competitivo para el Sistema de la Reserva Federal. Necesitamos competencia en la moneda.

La *Currency Commission* vislumbra la competencia que habrá de producirse a partir de una segunda moneda, el "Águila de Oro", que fue la recomendación de la *Gold Commission* de los Estados Unidos al Congreso. Indujo a los partidarios del oro en ambas cámaras del Congreso a que introdujeran la ley de la moneda Águila de Oro Estadounidense (Cámara de Diputados, 1663 y Cámara de Senadores, 42), la cual reclamaba un nuevo acuñamiento de oro para competir con el Krugerrand en el mercado interno. No habría precio fijo entre los billetes de la Reserva Federal y las monedas Águila de Oro, ni tampoco un tipo de cambio oficial. El Tesoro de los Estados Unidos ofrecería, para su venta, en toda ocasión, las monedas de una onza, a precio libre en el mercado.

Es obvio que las monedas de oro de 1 onza resultarían demasiado caras para su uso en la mayoría de las operaciones comerciales minoristas pero podrían servir como unidades monetarias alternativas en las hipotecas, títulos a largo plazo, certificados de depósito y otros instrumentos financieros locales e internacionales. Si sumado a ello se desregulariza la banca norteamericana, podrían resultar de utilidad para un sistema de depósitos

²⁴ F. A. Hayek, *Denationalization of Money*, Londres, The Institute of Economic Affairs, 1978, p. 126.

²⁵ *Ibidem*, p. 72 .

competitivo que evite las incertidumbres de las políticas y la inestabilidad del dinero de la Reserva Federal.

Legislación propuesta

Dondequiera que haya líderes del pensamiento que ofrezcan nuevas ideas y explicaciones, aparecerán pronto hombres de acción que implementen los cambios de política. Los líderes estadounidenses se congregan en o en torno a organizaciones informales tales como la Foundation for Economic Education (Fundación para la Educación Económica), Leadership Foundation (Fundación para el Liderazgo), Cato Institute (Instituto Cato), Foundation for Rational Economics and Education (Fundación para una Economía y una Educación Racionales), The Council for Monetary Reform (Consejo para la Reforma Monetaria), Mises Institute (Instituto Mises), Institute for Human Studies (Instituto para los Estudios Humanísticos), Pacific Institute (Instituto del Pacífico), Committee for Monetary Research and Education (Comisión para la Investigación Monetaria y la Educación), Citizens for a Sound Economy (Ciudadanos para una Economía Sólida), Freeman Institute (Instituto Freeman), Choice in Currency Commission (Comisión para la Elección de la Moneda) y varios boletines de inversión que informan y guían a sus lectores. Los hombres de acción son políticos eminentes del panorama nacional quienes, desde los salones del Congreso de los Estados Unidos, están actuando sobre la base de principios perdurables.

En 1981, el diputado Ron Paul introdujo un proyecto de ley (Cámara de Diputados, 391) que revolucionaría el orden monetario autorizando la banca libre y derogando las leyes sobre moneda de curso forzoso. Simultáneamente restablecería la libertad individual en las cuestiones monetarias, rescataría los resabios del viejo orden y administraría la dirección del nuevo orden. Establecería una moneda en gramos de oro y exigiría reservas del cien por ciento no sólo para los billetes bancarios sino también para los depósitos bancarios. Para salvar al dólar estadounidense, proporcionaría una tasa de conversión fija entre el dólar y la moneda de oro y aseguraría su convertibilidad a esta tasa. El proyecto de ley que proponía la ley de libertad monetaria fue apoyado por los diputados Thomas Hartnett, Jim Jeffries, Philip Crane, Daniel Crane, George Hansen y Mark Siljander.

A un proyecto de reforma introducido en ambas Cámaras del Congreso (Cámara de Diputados, 3789 y Cámara de Senadores, 1704) se lo denominó ley de acuñamiento de mercado libre. Fue apoyado por los senadores Symms, McClure, Helms y Goldwater y por los diputados Daniel Crane y Ron Paul y buscaba establecer la libertad de elección de la moneda por parte de los individuos. Se derogarían todas las leyes sobre moneda de curso forzoso que entraran en conflicto con la ley y se desregularizarían los servicios financieros con denominaciones en unidades de oro. Se crearía un acuñamiento por arte del gobierno compuesto por una moneda de oro Adam Smith de cinco gramos, una moneda de oro Jefferson de diez gramos, una moneda Lincoln con un peso bruto de una onza troy y una moneda Kennedy con un peso neto de una onza troy. El Tesoro de los Estados Unidos convertiría, a la vista billetes de la Reserva Federal y depósitos en

moneda de oro al precio de mercado.

El senador Steve Symms de Idaho introdujo una propuesta (Senado, 1849) que reclama la emisión de títulos en oro. Con denominaciones de uno, cinco y diez kilogramos de oro, el capital y el interés de estos títulos serían pagados a opción del titular, en moneda de peso lingote o en dólares. La tasa de interés sería del dos por ciento y el plazo de vencimiento de cincuenta años. Los títulos y cupones serían sumamente líquidos y negociables, lo que les permitiría formar la base de un nuevo patrón oro con moneda de denominación en oro.

La propuesta de Symms, al igual que muchas otras propuestas de reforma, revela las mejores intenciones por hallar una moneda sólida y restablecer el sistema del patrón oro, pero muchas buenas intenciones y propósitos permanecen enterrados en los archivos del Congreso de los Estados Unidos. Casi todas las propuestas reclaman leyes de reforma, leyes de restablecimiento u otra cooperación por parte del gobierno para poder retornar a un sistema de moneda fuerte. Ellos condenan la mala gestión monetaria que realiza el gobierno y, por lo tanto, presionan para obtener nuevas reglas de gestión basadas en el oro. Sin embargo, las reglas de gestión, sea quien fuere el que las redacte, no son suficientes para producir buenos resultados a menos que el orden monetario en sí mismo esté seguramente apoyado en cimientos sólidos.

Pocas son las propuestas que buscan reconstruir los cimientos. F. A. Hayek, Ron Paul y otros, al cuestionar la razón de ser de la banca central y de la moneda de curso forzoso, buscan reconstruir el orden monetario sobre la base de la libertad de transacción en cualquier tipo de moneda. Ellos gozan del apoyo y el aliento de influyentes escritores tales como Howard J. Ruff, Gary North, Jerome Smith, Mark Skousen, John Pugsley, Lewis Lehrman y James McKeever. Para todos ellos la libertad es una necesidad que permite que el orden monetario sea lo que debe ser.

Una propuesta reciente, presentada al Congreso de los Estados Unidos por el diputado Jerry Lewis y el senador Robert Dole, establecía la acuñación de monedas de 1 onza de oro y plata provenientes de las grandes reservas de oro y plata que posee el gobierno de los Estados Unidos. Este proyecto (Cámara de Diputados, 1.123 y de Senadores, 636) contemplaba la creación de una nueva forma de moneda que competiría con los billetes de la Reserva Federal y con los dólares. Estas monedas de oro y plata no serían de curso forzoso en el sentido habitual; sin embargo, podrían ser utilizadas para cancelar deudas contraídas pagaderas en oro y plata. Nadie se vería obligado a aceptar las monedas de oro y plata pero éstas serían una forma legalmente reconocida de dinero que podría ser utilizada como alternativa del papel moneda del gobierno. Desafortunadamente, el proyecto convertía al Tesoro de los Estados Unidos en el único emisor de moneda. A pesar de ello, constituiría un paso hacia adelante en el camino que conduce a la libertad monetaria.

8. Moneda libre

Las monedas son fuertes, no por la forma en que se las administra, sino en tanto sean libres. Este ensayo apunta a la reconstrucción del orden monetario basándose en la libertad. Se diferencia de todas las otras propuestas de reforma tanto por la simplicidad como por la audacia de su único objetivo: la libertad. No peticona al gobierno que otorgue una ley de reforma ni que emita títulos en oro; no propone mantener la moneda constante en relación con la canasta de mercancías. Simplemente reclama el reconocimiento de la libertad individual como derecho inalienable. La libertad monetaria, en su presente marco político y económico, daría lugar a un patrón paralelo que libremente admita tanto lo viejo como lo nuevo: billetes de la Reserva Federal y depósitos, monedas del Tesoro de los Estados Unidos y todo aquello que la gente libre sea proclive a intentar; sin embargo, el autor tiene la plena seguridad de que, en libertad, el oro emergería nuevamente como el bien económico más comercializable y el patrón monetario más popular y confiable.

El restablecimiento de la moneda fuerte puede ser una tarea prolongada y ardua ya que se fue diluyendo en una gradual erosión de la libertad monetaria. Es probable que recuperarla nos resulte un proceso lento y doloroso. No buscamos *una ley de reforma, ni una ley de restablecimiento, ni tampoco la conversión o la paridad, ni la cooperación del gobierno; solamente buscamos la libertad*. El camino por recorrer es corto y directo y, sin embargo, dependiendo de la resistencia que ofrezcan la ignorancia y los prejuicios, la avidez política y las ansias de poder, puede llevarnos muchos años recorrerlo. Para el fatigado viajero, tiene varias paradas intermedias que proporcionan metas convenientes para un esfuerzo supremo. Las malezas legales que han ido creciendo a través de los años leyes sobre moneda de curso forzoso, discriminación impositiva contra las monedas de oro y plata, reglamentaciones bancarias que impiden la apertura de cuentas con denominaciones en onzas de oro, y situaciones similares deben ser eliminadas para que los estadounidenses vuelvan a sentirse libres para usar moneda fuerte.

El objetivo principal debe ser siempre la abolición del monopolio del dinero y de la coerción de la moneda de curso forzoso. El hombre poseía, antes de la formación de cualquier estado, el derecho a procurarse su propio sustento. Tiene un derecho inalienable a su propia vida y a cuidarla merced a su propia capacidad y esfuerzo. Toda limitación de este derecho, sea que la practique un monarca o una asamblea popular, constituye un cierto grado de tiranía.

El dinero político con el poder de la moneda de curso forzoso, que es la moneda emitida por políticos y burócratas e impuesta a la gente a su valor nominal, constituye una ominosa restricción de los derechos humanos. La moneda protegida de la competencia por medio de una ley penal que amenaza con multas y encarcelamiento constituye una alineación de la política. Provoca inflación y depresión, engendra conflictos políticos y sociales. El *dinero* es el bien económico más importante, la herramienta básica para la división del trabajo del hombre y para los intercambios pacíficos; en manos de políticos y dotado de privilegios monopólicos el dinero se vuelve deshonesto y despótico, viola

contratos, sanciona el fraude legal y se apodera de la propiedad sin resarcimiento alguno. El dinero político eleva los impuestos sin necesidad de legislación.

Es probable que el gobierno no ceda nunca sus poderes monopólicos en relación con el dinero. Es de esperar que los políticos y burócratas los defiendan con todos los instrumentos de la coerción que tienen a su alcance, desde multas y encarcelamientos a la pena de muerte. La única oportunidad en que los poderes monopólicos del dinero pueden ser violados con un cierto grado de inmunidad es en épocas de hiperinflación, cuando los males son claramente visibles para todos, incluso hasta para un juez federal o un legislador. Cuando la última medida de coerción concebible haya fracasado y el último centavo de dinero proveniente de los ingresos o del patrimonio haya sido tomado de los prestadores y entregado a los deudores, es probable que se suspenda por el momento este juego del monopolio político. Entonces, los políticos y reformadores pueden presionar en busca de una nueva moneda, una nueva versión del monopolio, de modo tal que pueda volverse a jugar una vez más al mismo juego.

Debemos reclamar un alto en este juego del monopolio. Necesitamos un *movimiento de moneda libre* que se oponga al juego por todos los medios pacíficos concebibles, a través de la información, la educación, la legislación, el litigio y las manifestaciones. Los diarios y periódicos deben tratar de ilustrar al público sobre este tema tan importante, deben mostrarle cómo el sistema monetario empobrece a la mayoría de la gente y beneficia a los políticos, los funcionarios públicos y personas allegadas a éstos.

La coerción de la moneda de curso forzoso permite a los deudores, entre los cuales el principal es el gobierno de los Estados Unidos, pagarle a sus acreedores con minidólares. Los prestadores, titulares de certificados de ahorro, por ejemplo, son estafados en buena parte de sus ingresos y su patrimonio. Se deben a sí mismos y a las futuras generaciones el hacer valer sus acusaciones de fraude, en busca de un resarcimiento por las pérdidas sufridas y para defender la abolición del monopolio del dinero. Aunque a primera vista sus posibilidades de éxito parecieran ínfimas, podrían aportar valiosa información y conocimiento, los cuales, a la larga, podrían iluminar incluso a jueces y legisladores. Las víctimas de la moneda de curso forzoso, tales como los propietarios de certificados de ahorro y seguros de vida, quedaron saldados en minidólares, deben estar imbuidas del mismo fervor de resistencia que tienen los numerosos defensores del crédito social, haciendo valer sus inútiles alegatos en pro de la "moneda constitucional" libre de intereses.

Es probable que el movimiento de resistencia a una moneda libre desee forjar una alianza con el movimiento de resistencia a los impuestos, el cual alcanzó un éxito notable en los últimos años. La oposición popular a la tributación onerosa de la renta y de los bienes inmuebles brindaría apoyo al reclamo de que "no haya impuestos a través de la inflación" o que "no haya impuestos excesivos a través de la moneda de curso forzoso". Mientras que quienes se rebelan en contra de los impuestos pueden rehusar efectuar sus pagos a las autoridades recaudadoras, los que se rebelan en contra de la moneda de curso forzoso

deberían oponerse a los pagos que se les ofrecen en minidólares de curso forzoso y deberían ejercer sus presiones para que la deuda sea cancelada según su valor pleno. La legislación que rige a la moneda de curso forzoso es una agresión política contra la honestidad y la paz social. Es una dictadura monetaria no interesa quién la practique. Quien se oponga al monopolio de la moneda legal estará defendiendo la honestidad, la decencia y la paz.

Los líderes religiosos, éticos y morales, deberían unirse al movimiento de la moneda libre. Escuchar hablar a políticos y legisladores o contar votos no brinda respuestas a las cuestiones de moralidad. La legislación sobre moneda de curso forzoso que priva a los prestadores de sus legítimos derechos es inmoral, el voto mayoritario no puede hacerla virtuosa.

En una sociedad que busca la justicia, el individuo que desconfía del dinero político es libre para rechazarlo a menos que esté sujeto a una obligación contractual por la cual deba aceptarlo. Si nadie puede obligar a otro a aceptar dinero malo, no puede hacer daño alguno. Si los individuos pueden optar por rechazar el dinero malo o por aceptarlo a su valor de mercado expresado en unidades de peso oro, el dinero malo sólo hará daño al emisor. El dueño de un título del Tesoro de los Estados Unidos que llega a su vencimiento o de una póliza de seguro de vida por pagar o un préstamo hipotecario pendiente, rechazaría el pago en minidólares o lo aceptaría con un descuento que reflejara la pérdida de poder adquisitivo que sufre ese dinero.

Sin la fuerza de una moneda de curso forzoso, el emisor de dinero malo sólo podría emitir su dinero con un descuento o, si el público ha perdido toda confianza en su integridad, no podría emitir nada, pero siempre estaría sujeto a aceptar su propio dinero al valor indicado. En síntesis, puede emitir dinero con descuento pero debe aceptar el pago a valor nominal. Resulta dudoso que, en esas condiciones, el emisor del dinero se preocupe por imprimir otro centavo, pues hasta un gobierno dedicado al dinero fácil y a la expansión crediticia dudaría si sigue emitiendo o no.

En un orden monetario sin moneda de curso forzoso ni monopolio del dinero no podría haber inflación. Imprimir y emitir nuevo dinero no elevaría los precios de los bienes y los servicios sino que simplemente disminuiría el tipo de cambio de la emisión en función de las otras monedas en el marco de la competencia. La gente descontaría las monedas que se depreciaran pero, en general, no elevaría los precios. El dinero bueno haría desaparecer al dinero malo; éste sería el efecto opuesto al que tiene la inflación en el sistema de moneda de curso forzoso, en el cual el dinero malo lleva al dinero bueno a tener que ocultarse (ley de Gresham).

La inflación es un síntoma del monopolio del dinero; sólo desaparece cuando se dismantela el monopolio. Éste puede expandirse y retraerse, siempre de acuerdo con las aspiraciones de los políticos que están en el poder. Su resultado final es la destrucción de la moneda nacional; esto se ve acompañado por una "reforma monetaria" que trae

aparejada otra emisión monopólica la que, en el transcurso del tiempo, se verá inflada una vez más. Es probable que la era de la inflación perdure en tanto se permita la existencia de un monopolio del dinero.

El camino que conduce a una moneda honesta y a relaciones sociales pacíficas está señalado por algunos hitos. El primero de ellos apunta hacia el derecho inalienable de todos para elegir su propia moneda. Todo individuo debe ser libre para usar cualquier bien económico que sea personalmente aceptable. Nadie tiene legalmente el derecho de imponer a otro un tipo determinado de moneda, nadie tiene derecho a exigir el pago en un medio de cambio en particular a menos que goce de un derecho contractual válido a dicho pago. No debiera haber coerción de una moneda de curso forzoso, ni siquiera tratándose del oro o la plata.

Es necesario oponerse a todas las leyes sobre las monedas de curso forzoso y se debe poner fin a los privilegios monopólicos de la banca. Evidentemente esto no puede hacerse de inmediato pero debe constituirse en nuestra meta. La regulación y manipulación del dinero por parte del gobierno debe terminar; las prohibiciones bancarias y crediticias, las licencias y multas que se aplican y los favores que se conceden también deben terminar. El individuo debe ser libre una vez más para usar el oro o cualquier otro medio de cambio. La ley común de contratos, y no el derecho público o la regulación, debe volver a aplicarse a la producción económica.

Hay varios pasos específicos que deben darse para poner fin al monopolio del dinero. Cada una de estas medidas está diseñada para eliminar las limitaciones que afectan a la competencia en el dinero y la banca y para facilitar el desarrollo de una moneda fuerte. Un movimiento de moneda libre, compuesto por coaliciones de organizaciones y por nuevas organizaciones de ciudadanos en pro de una moneda fuerte, debe luchar por alcanzar los siguientes objetivos:

1. Acuñar monedas de oro y plata con denominación sólo según peso y pureza.
2. Revocar las leyes sobre moneda de curso forzoso y permitir la realización específica de los pagos.
3. Permitir a las instituciones financieras que emitan billetes privados y autorizar a los bancos a aceptar depósitos con denominaciones en moneda extranjera y pesos en oro y plata.
4. Permitir el libre ingreso a la banca.
5. Permitir la existencia de una banca interestadual.
6. Poner fin a la membresía obligatoria en la Reserva Federal, la Federal Deposit Insurance Corporation (FOIC) y cualquier otra repartición o cartel.
7. Impedir la discriminación impositiva contra todas las formas del dinero.

La libertad monetaria no puede reparar el incalculable daño perpetrado en el pasado; no puede curar las heridas del pasado provocadas por los monopolistas del dinero durante los setenta años o más que lleva en su reinado. La libertad no puede devolverle a la gente

los ahorros y jubilaciones reducidas por una moneda devaluada ni puede exigir al monopolista del dinero una compensación justa. No puede haber restitución porque el monopolista no tiene riqueza para distribuir. La coerción no debe engendrar más coerción, no se debe permitir que el mal genere un mal mayor.

Podemos denominar a este nuevo sistema de libertad monetaria "el patrón paralelo". No frenaría en absoluto a un gobierno honesto ni obstaculizaría las finanzas gubernamentales. Desprovisto de sus poderes monopólicos, el Sistema de la Reserva Federal podría continuar operando y el Tesoro de los Estados Unidos recibiría impuestos y efectuaría los pagos en la moneda de la Reserva Federal. Todos los contratos en dólares estadounidenses tendrían que cumplirse en esta moneda, pero los contratos en onzas y gramos de oro, plata o cualquier otra unidad tendrían que saldarse en la moneda acordada en el contrato.

La moneda del gobierno y la moneda del contrato serían ambas utilizadas y su relación de cambio fluctuaría continuamente como respuesta a los cambios de valoración. El mercado no obstaculizado por la ley de Gresham determinaría la relación. Si la moneda de la Reserva Federal sufriera una depreciación en relación con las otras monedas, el gobierno de los Estados Unidos, como su legítimo padre, tendría que aceptarla a valor nominal pero no podría imponerla a las desafortunadas víctimas a valor nominal.

La libertad individual en las operaciones de cambio se ve perjudicada cuando las instituciones financieras deben someterse a un monopolio del dinero. Se ve seriamente debilitada cuando los bancos no pueden celebrar contratos en oro, recibir depósitos en oro, hacer préstamos en oro y poseer títulos contra oro, aunque el individuo goce de tales derechos. La mayoría de las instituciones financieras de los Estados Unidos carecen de la libertad básica en cuestiones monetarias. Son examinadas por una o varias de las reparticiones de supervisión federales, que ejercen una considerable influencia sobre las políticas de préstamos e inversiones. A través de su insistencia en los "patrones sólidos" para "protección de los depositantes", tal como la definen los supervisores, los reguladores alientan a las instituciones financieras para que se sometan al monopolio del dinero.

En la actualidad el sistema bancario de los Estados Unidos es tan vulnerable como lo fue durante las décadas de 1920 y 1930. Las crisis de Ohio y Maryland de 1985 constituyen una prueba irrefutable de esa vulnerabilidad. Al vivir fielmente sujetos a las reglas de la actual legislación y regulación, los bancos quedan atrapados en la cárcel de la inflación y la regulación. Han sufrido y siguen sufriendo asombrosas pérdidas tanto en lo que se refiere a su patrimonio como a su poder adquisitivo, las cuales se ven trasladadas a los depositantes.

Deben gozar de libertad para que puedan competir en sus servicios, poseer y usar el oro, celebrar contratos en oro, recibir depósitos en oro y hacer préstamos en oro, del mismo modo que si fueran individuos. Se debe desregularizar a los bancos. Por oro recibido

deben tener la libertad de poder emitir monedas de oro o certificados en oro. Si por alguna razón no resulta posible que el gobierno los ponga en libertad, se debe impedir que limite la competencia que tiende a surgir de los rincones más inesperados. El oro se hará presente cuando el gobierno no lo impida. El oro no necesita que se lo instituya como moneda de curso forzoso; ninguna moneda honesta necesita ser moneda de curso forzoso sino que lo que necesita es estar libre de toda regulación, tributación, manipulación o intervención del gobierno y de la amenaza de una confiscación.

La moneda fuerte y la banca libre no son imposibles, simplemente son ilegales. Ésta es la razón por la cual se debe desregularizar al dinero. Todas las instituciones financieras deben volver a ser libres para emitir sus billetes basándose en un contrato común. En una sociedad libre, los individuos son libres para establecer bancos emisores de billetes y crear instituciones privadas de clearing. En libertad, la industria del dinero y de la banca puede crear monedas sólidas y honestas, del mismo modo que las otras industrias libres pueden proporcionar productos eficientes y confiables. La libertad monetaria y la libertad de la banca son los principios que deben guiar nuestros pasos.

Este trabajo ha sido traducido con autorización del autor de su libro *Money and Freedom*, Libertarian Press Inc., 1985.